

EVARISTO MARTÍN NIETO

EL
ESPÍRITU
SANTO

ESCUELA BÍBLICA
DE
TORRE DEL MAR

Primera Edición: SEPTIEMBRE 1997

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de Torre del Mar

I.S.B.N.: En trámite

Depósito legal: MA-09/97



ESCUELA BÍBLICA DE TORRE DEL MAR

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

EL ESPÍRITU SANTO

PRÓLOGO

¿Cómo hablar del Espíritu Santo, qué decir de él? Porque el Espíritu Santo no tiene nombre para que le llamemos, ni rostro para que le veamos. Delata su presencia "con gemidos inenarrables" (Rom 8,26), como el viento imprevisible que no sabemos ni de dónde viene ni adónde va (Jn 3,8). Sólo los que saben escuchar esos gemidos pueden decirnos algo de él.

Del Padre y del Hijo sabemos muchas cosas. El A.T. es una proclamación del Padre y el N.T. es una referencia al Hijo. El Espíritu Santo en el A.T. ni siquiera se vislumbra como persona distinta y en el N.T. muy pocas veces lo es de manera clara. El Espíritu Santo ha sido y sigue siendo el "divino desconocido". Si preguntáramos hoy al pueblo cristiano, como hizo Pablo a los de Éfeso, si han recibido el Espíritu Santo, es muy probable que la contestación generalizada fuera la misma: "Ni siquiera hemos oído decir que haya Espíritu Santo" (He 19,2).

Sería injusto decir que el Espíritu Santo haya sido olvidado por la Iglesia, pero no lo es si decimos que no ha ocupado el puesto que le pertenece. Ya S. Agustín lo constataba:

"Numerosos son los libros que hombres y sabios espirituales han escrito sobre el Padre y el Hijo. Por el contrario, el Espíritu Santo no ha sido estudiado con tanta abundancia y cuidado por los doctores y grandes comentaristas de las Sagradas Escrituras".

El Padre ha hablado, ha actuado y hemos admirado la maravilla de sus obras. El Hijo se hizo hombre y habló a los

hombres en su propio lenguaje y nosotros hemos meditado sus palabras. Pero el Espíritu Santo nunca ha hablado, nunca hemos oído su voz. El concilio Vaticano II supuso un redescubrimiento del Espíritu Santo. Los documentos conciliares están plagados de citas sobre él. Al concilio se debe el interés actual por la Pneumatología, el quehacer postconciliar de los teólogos en este campo, señalado por Pablo VI:

" A la Cristología y especialmente a la Eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo sobre el Espíritu Santo como complemento que no debe faltar en la enseñanza del concilio".

Juan Pablo II ha dicho:

"La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario de otro modo si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia" (TMA, 44)

Con este trabajo intento decir algo que pueda servir, aunque de manera muy modesta, para ambas cosas: ayudar a adquirir un mayor conocimiento del Espíritu y a prepararse un poco mejor para la celebración del jubileo del año 2.000. Para ello me he valido fundamentalmente de las Sagradas Escrituras, citando expresamente los textos más significativos con el fin de que el lector pueda entrar en contacto con estos textos, reflexionar sobre ellos e interpretar por si solo, sin intermediarios, bajo la acción iluminadora del Espíritu, lo que Él ha dicho en ellos de sí mismo.

1.- CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

1. LA BIBLIA DEL ESPÍRITU

La Biblia, palabra de Dios, es también palabra del Espíritu. No sólo porque él habla en ella, sino porque en ella se habla constantemente de él, desde la primera página (Gn 1,2) hasta la última (Ap 22, 17). El A.T., que se abre con él en el primer libro, se cierra con él en el último (Sab 1,7) y el N.T., que se cierra con él en el último libro, se abre también con él en el primero (Mt 1,18). Y no hay un pasaje importante de la historia de la salvación que no haga referencia a él.

Al Espíritu se le designa en el A.T, con la palabra RUAH que tiene un sentido polivalente: aire, viento, soplo, hálito de vida, hálito respiratorio, espíritu, principio de vida. Aparece unas 400 veces; unas sin referencia alguna (el espíritu, sin más), otras como el espíritu de Dios o del Señor" y otras con un apelativo abstracto, vg "espíritu de sabiduría" (Dt 34,9; Is 11,2). Sólo en tres ocasiones lleva el calificativo de "santo" (Sal 51,13; Is 63,10-11; Sab 1,5; 9,17). El Espíritu es "santo", porque es el Espíritu de Dios y es "santificador" porque nos lleva a Dios.

En el N.T. se le designa con la palabra "pneuma" y aparece también unas 400 veces, la mayoría como "Espíritu santo", otras como "Espíritu de Dios y otras también con un calificativo abstracto, Vg, "Espíritu de la verdad" (Jn 14,17).

Nunca se dice en el A.T. que "Dios es espíritu, porque eso podría equivaler a que "Dios es viento", puesto que en hebreo la única palabra para expresar "viento" y espíritu es RUAH, y eso podría dar pie para una interpretación inmanentista de Dios en la creación.

2. LA PROMESA DEL ESPÍRITU

De una manera global, y sin entrar en profundidades, hay que decir que en el A.T. el Espíritu se presenta como una promesa para los tiempos mesiánicos, por lo que bien le podemos llamar "el Espíritu de la promesa", una promesa que, con la encarnación del Hijo de Dios, se cumplirá como un don, a nivel individual y a nivel colectivo.

1. A NIVEL INDIVIDUAL

Cito sólo tres textos:

Primer Isaías: "Sobre él reposará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de conocimiento y de temor de Dios" (Is 11,2).

Tres dípticos, en los que se expresan las cualidades que adornarán al Mesías y que vienen a ser las dotes de gobierno que deben tener los dirigentes de las comunidades y de los pueblos.

Segundo Isaías: "Aquí está mi Siervo a quien protejo, mi elegido, en quien mi alma se complace. He puesto en él mi espíritu para que traiga la justicia a las naciones (Is 42,1).

La misión fundamental de los gobernantes es proclamar, practicar y hacer que se ejerza la justicia en todos los estamentos y sectores y a todos los niveles. Esa es la prueba de que la fuerza del Espíritu está y actúa en ellos. Estas palabras se repetirán en el bautismo y en la transfiguración de Jesús (Mt 3,17; 17,5).

Tercer Isaías: "El Espíritu del Señor está en mí, porque el Señor me ha ungido, me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres" (Is 61,1).

La justicia se alcanza, cuando se cumplen los derechos humanos. Y eso consiste en que los pobres puedan ejercerlos. Se ha dicho que los derechos humanos son los derechos de los pobres, pues los ricos ya se las arreglan con el poder del dinero, para ejercerlos.

El Mesías está ungido por Dios para evangelizar y evangelizar es humanizar, es decir, proclamar los derechos del hombre,

2. A NIVEL COLECTIVO

Los profetas del exilio y del postexilio anunciaron también la promesa del Espíritu para el pueblo de Dios. Jeremías hace referencia a la futura alianza de Dios con el pueblo:

"Pondré mi ley en su interior, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jer 31,33)

Ezequiel profundiza algo más:

"Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo les quitaré el corazón de Piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, observando y guardando mis leyes" (Ez 36,26-27).

El futuro pueblo mesiánico, constituido por una generación nueva, se moverá a impulsos del Espíritu. La visión del profeta, de un campo lleno de huesos (Ez 37,1-14), que se cubren de carne y son vivificados, significa que el pueblo muerto de Israel retornará a la vida, como un Israel nuevo, porque en ellos penetra el Espíritu, que viene de los cuatro puntos cardinales, para que ningún hueso se quede sin su hálito vital.

El segundo Isaías confirma a Jacob la promesa hecha a Abrahán: "Infundiré mi Espíritu en tu posteridad" (Is 44,3), tal y como lo recordará San Pablo:

"Para que la bendición de Abrahán hecha en Cristo Jesús se extendiese a todas las naciones, a fin de que, mediante la fe, recibiéramos el Espíritu prometido" (Gal 3,14; Ef 1,13-14).

Es clásica la profecía de Joel:

"Derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán... hasta en los esclavos y las esclavas derramaré mi Espíritu aquellos días" (Jl 3,1-2).

San Pedro ve cumplida esta profecía en Pentecostés, cuando el Espíritu se da al pueblo entero por igual, no sólo a los dirigentes, lo que da cumplimiento al deseo de Moisés: "Ojalá que todo el pueblo de Dios profetizara" (Núm. 11,29) y significa que el nuevo pueblo, la Iglesia de Jesucristo, es un pueblo profético.

3. LOS SIMBOLISMOS DEL ESPÍRITU

El Espíritu es el inaccesible, la profundidad del misterio trinitario, "el misterio dentro del gran misterio". No es posible definirlo con el sentido literal de las palabras. Sólo podemos hablar de él en imágenes. Así habla de él la Biblia , con metáforas y simbolismos.

1. LA PALOMA

El Espíritu es como la paloma, criatura alada (Sal 55,7), que viene de lejos (Sal 56,1), mensajera, apacible, sencilla, llena de candor (Mt 10,16) que apenas se la siente (Is 38,14). Así es el Espíritu que vuela de acá para allá, en todas direcciones, en silencio absoluto, y que sólo se le siente a través de sus susurros inefables en las profundidades del corazón humano. Los místicos hablan del "vuelo alto y ligero de la paloma" que presta sus alas al alma enamorada del Espíritu para elevarla a las alturas de la contemplación. Esa

paloma espiritual aleteaba sobre las aguas primordiales (Gn 1,2) y descendió sobre Jesucristo al recibir las aguas del bautismo (Mt 3,16) evocando el origen de la creación y marcando el principio de la creación nueva.

2. EL AIRE

El aire da la vida. Si se deja de respirar, llega la muerte. El aire inviable lo penetra y lo purifica todo, barre la contaminación, actúa de una manera imprevisible y misteriosa. Así es el Espíritu, como el aire que lo renueva todo (Jn 3,8), que a veces se presenta como viento impetuoso (He 2,2), "huracanado" (Ez 1,4), que penetra hasta el centro del alma, barre los pecados, nos espiritualiza y nos arrastra hacia la persona de Jesucristo. Tal es su dinamismo, acrecentador de vida y comunicador de fuerza.

3. EL FUEGO

El fuego acrisola, purifica y transforma. Y es inaccesible. Dios, "fuego abrasador" (Dt 4,24), se hace presente en "llama de fuego" (Ex 3,2) "como fuego devorador sobre la cima de la montaña" (Ex 24,17; Dt 9,3) "habla desde el fuego" (Dt 4,15.36; 5,22) y "con palabras de fuego" (Jer 23,29; 5,14; Sal 29,7). Así irrumpió en Pentecostés, "como lenguas de fuego que se posaban sobre cada uno de los presentes" (He 2,3) y a todos transformaba de manera radical. Esas lenguas eran "flechas de fuego, llamas divinas" (Cant 8,6) que encendían en los corazones el fuego del amor. Un fuego que no hay que extinguir, que no hay que dejarse apagar nunca (1 Tes 5,19). Porque el Espíritu es el amor, fuego que arde y que hay que avivar constantemente (2 Tim 1,6) con obras de amor. Es el fuego que trajo Jesucristo al mundo y que debe mantenerse siempre ardiendo (Lc 12,16).

4. EL AGUA

Sin agua no hay vida, todo es un desierto, todo es muerte.

El agua, creadora de la vida, una bendición del cielo (Sal 133,3), fecunda la tierra (Is 44,3). El agua, pura y purificadora, que sirve para lavar y limpiar, es símbolo de la limpieza moral. Los profetas anuncian una era mesiánica con abundancia de aguas purificadoras:

"En aquel día brotarán aguas vivas de Jerusalén" (Zac 14,8).

"Cada uno será... como corrientes de agua" (Is 32,2). "El desierto será un vergel y la tierra entera llena de manantiales" (Is 41,18).

Del nuevo templo visionado por Ezequiel manarán raudales de aguas vivas que transformarán el país en un nuevo paraíso (Ez 47,1-12). Estas aguas son el símbolo del Espíritu de Dios que vivifica toda la tierra y confiere la vida espiritual a los humanos.

El agua es signo sacramental del Espíritu en el bautismo, a través del cual el hombre adquiere un nacimiento nuevo (Jn 3,5). Del costado abierto de Jesucristo manó "sangre y agua" (Jn 19,34) que simbolizan los dos grandes sacramentos, la eucaristía y el bautismo. "Jesucristo ha venido con sangre y agua. Y es el Espíritu el que da testimonio... Pues tres son los que dan testimonio, el Espíritu, el agua y la sangre" (1 Jn 5,6-9). Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu y todos hemos bebido del mismo Espíritu (1 Cor 12,13).

Igual que antaño los israelitas bebieron de la roca, de la que brotaron aguas a raudales (Ex 17,6; Sal 7,8.16; Is 48,21) y esa roca espiritual era Cristo (1 Cor 10,4). El Espíritu es el agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14), el agua viva y transparente que mana del trono de Dios y del cordero (Ap 22,1), un agua que se ofrece generosamente a todo el que tenga sed de Dios (Jn 7,37-38; Ap 21,6).

El Espíritu es, al mismo tiempo, llama de fuego (He 2,3) y agua viva (Ez 36,25-26). Fuego de amor y vida eterna.

5. LA NUBE

La nube simboliza la gloria, la presencia de Dios. La

montaña del Sinaí y el mismo Moisés estuvieron cubiertos por la nube desde la que Dios hablaba (Ex 24,15-18):

"La montaña ardía en llamas que llegaban hasta el corazón del cielo: tinieblas, nube, oscuridad" (Dt 4,11).

Una columna de nube guiaba durante el día a Israel por el desierto y de noche una columna de fuego (Ex 13,22; Dt 1.33). Nube y fuego, fuego en la nube, bendición de Dios para el creyente y santidad inaccesible para el pecador.

La nube cubría la tienda de la reunión (Ex 33,9-10) y más tarde llenaba el templo del Señor (1 Re 8,10-12).

Los sentidos espirituales de esta nube referidos al Espíritu Santo, se cumplen en el N.T. El Espíritu Santo "cubrió con su sombra" a la Virgen santísima (Lc 1,35), cubrió a Jesucristo, a Moisés y a Elías en el monte Tabor (Lc 9,28-36), una escena que recuerda la del bautismo, donde se oye la voz del Padre que habla de su Hijo y donde el Espíritu es paloma y nube, la nube que cubrió a Jesucristo y lo subió el cielo (He 1,9) y sobre la que volverá al final de los tiempos.

6. LA MANO

El dedo, la mano, es también un símbolo del Espíritu. El autor principal de la Biblia es el Espíritu. Así lo creían los israelitas y así lo creemos también los cristianos. Para los israelitas la parte más importante y sagrada de la Biblia era la Toráh, el Pentateuco, cuyo corazón eran las tablas de la Ley escritas por el dedo de Dios (Ex 31,18; Dt 9,10), es decir, por el Espíritu de Dios. La Biblia es una carta que nos ha escrito Dios, los cristianos son "una carta escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en el corazón" (2 Cor 13,3).

Jesucristo expulsaba los demonios "por el dedo de Dios", es decir, con el poder de Dios (Lc 11,20), o lo que es igual, "con el Espíritu de Dios" (Mt 15,28). Los mismos apóstoles hacían milagros "con su mano" (He 5,2), pues la mano de Dios, el poder del Espíritu estaba con ellos (He 11,21;13,3).

Con la "imposición de los manos" se confiere el Espíritu santo (He 8,17-19; 19,6), un rito de primordial importancia para implorar la fuerza del Espíritu sobre los elegidos (Heb 6,2): "imponían su manos y recibían el Espíritu Santo" (He 8,17).

7. LA UNCIÓN

El óleo de la "santa unción" con que se ungía a los sacerdotes, (Ex 29; Lev 8,12; Núm. 35,25) y a los reyes, a Saúl (1 Sam 9,16; 26,11), a David (2 Sam 2,7; 5,3) y a Salomón (1 Re 1,39) para consagrarlos, estaba hecho de plantas aromáticas. Con esta unción el Espíritu de Dios entraba en ellos, para que con su auxilio pudieran cumplir dignamente su misión.

Jesús, el santo Hijo de Dios, no es un ungido más, es "el ungido", el Cristo, Mesías (He 4,27). "Dios lo ungió con Espíritu Santo y lo llenó de poder" (He 10,38). Así lo proclamó el mismo Jesucristo: " El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido" (Lc 4,9).

Los cristianos hemos recibido también la unción santa, la unción del Santo (1 Jn 2,20), que dice la verdad y nunca la mentira (1 Jn 2,27), porque es la "unción del Espíritu de la verdad" (1 Jn 5,6).

San Juan de la Cruz habla de "subidos y delicados ungüentos del Espíritu Santo... unciones secretísimas que secretamente llenan el alma de riquezas y dones y gracias espirituales" (LI 3,31.40)

8. EL SELLO

Mediante el bautismo "Dios nos ha marcado con su sello y ha puesto en nuestros corazones el Espíritu como prenda de salvación" (2 Cor 1,22). El cristiano está marcado para siempre con el sello del Espíritu Santo prometido, el cual es garantía de nuestra herencia" (Ef 1,13). Nos ha marcado con su sello para distinguirnos el día de la liberación (Ef 4,30).

Esa herencia eterna, a la que nos dan derecho las arras, donadas por el Espíritu, la tenemos ya en esta vida como un

anticipo de la vida futura.

"Tenemos las primicias del Espíritu... esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo, porque en la esperanza fuimos salvados" (Rom 8,23).

Esta garantía del futuro se refiere a la integridad de la persona, espíritu y cuerpo. La glorificación del hombre supone la corporeidad del alma, o lo que viene a ser lo mismo, la espiritualización del cuerpo. Es el misterio del cuerpo resucitado y glorificado que San Pablo explica así:

"Se siembra un cuerpo animal -soma psikikón- y resucita un cuerpo espiritual -soma pneumatikón-, pero lo primero no es lo espiritual, sino lo animal" (1 Cor 15,44-46).

Se trata de un cuerpo glorioso espiritualizado, que, de mortal, pasa a ser eterno, y que, sin dejar de ser el mismo, ya no es el mismo.

La esposa del Cantar, sellada con la marca de su amado, quiere también estar ella sellada en el corazón de su amado (Cant 8.6), porque así podrá exclamar con propiedad: "Mi amado es mío y yo soy suya" (Cant 21,16)

4. LA FE EN EL ESPÍRITU SANTO

Creer es hacer un acto o una profesión de fe. La fe no está en contra, sino por encima de la ciencia y de la experiencia. Consiste en aceptar y proclamar lo que ni vemos ni comprendemos, es admitir y acatar el misterio, lo incomprendible y lo inexplicable.

La fe es necesaria para nuestra salvación (Heb 11,6) y eso es un don del Espíritu: "Nadie puede decir: "Jesús es el Señor", si no es movido por el Espíritu" (1 Cor 12,3).

"Para dar la respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad" (DV 5).

El acto de fe es siempre un acto libre, "voluntario por su propia naturaleza" (DH 10). El don del Espíritu Santo no anula la libertad del hombre.

La fe, que supone la entrega total de la mente, es fundamentalmente un asunto del corazón, es fiarse de manera absoluta (2 Tes 1,12). La fe produce amor y se prueba en el amor. Creemos en el Espíritu porque él nos hace creer. Creer en él es confesar públicamente que el Espíritu Santo es Dios y que es persona distinta del Padre y del Hijo; es sentirle y verle presente en todo lugar y en todo tiempo, en todas las circunstancias de la vida; es ponerse en su brazos, fiarse de él, dejarse llevar por él.

Esta fe puede también estar acompañada de la experiencia del Espíritu que se hace presente en las personas que creen en él. Esa es la fe de Abrahán (Gn 12,1-4) y de la Santísima Virgen (Lc 2,35) y lo es también de los grandes místicos. Una fe que hay que conservar, cuidar y fomentar constantemente (1 Tim I,18-19).

"La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve" (Heb 11,1). ¿Y qué es lo que esperamos?. La salvación que nos garantiza el Espíritu Santo: "Esperamos ardientemente alcanzar la salvación por medio de la fe, mediante la acción del Espíritu" (Gal 5,5).

2.- SEÑOR Y DADOR DE VIDA

1. EL ESPÍRITU Y LA CREACIÓN

1. TODO FUE HECHO POR EL ESPÍRITU

El Espíritu está en el origen de las cosas, creándolas y animándolas (Gn 1,2). Dios, que lo hizo todo con su palabra (Jn 1,4), lo hizo también con su Espíritu:

"Con su palabra [dabar] el Señor hizo los cielos y con el sopro [Ruah] de su boca todo lo que hay en ellos" (Sal 33,6).

Palabra y Espíritu crean y vivifican conjuntamente el universo. Espíritu y palabra están frecuentemente unidos en paralelismo sinónimo (Sal 147,18; Is 59,9). El Espíritu representa el poder de Dios, "el poder sobre la vida" (CIC), que actúa y que todo lo trasciende y la Palabra expresa el querer de Dios, lo que quiere de nosotros y lo que hace en nosotros. Esta mutua vinculación hace que la Palabra sea una palabra viva, actualizada constantemente por el Espíritu que todo lo crea y todo lo renueva (Sal 104,30).

2. EL ESPÍRITU Y LA VIDA

La característica principal del Espíritu es la que le relaciona con la vida: producir vida, alimentar la vida. Es el origen y el mantenimiento de toda vida: vegetativa, sensitiva, espiritual. De la muerte hace vida, es capaz de dar la vida a un mundo desolado y muerto (Ez 17,1-14). Donde hay vida, hay Espíritu, y sin Espíritu no hay vida, solo hay muerte:

"Si Él retirara hacia sí su soplo, si retrajera a Sí su aliento, al instante perecería toda carne y el hombre al polvo volvería" (Job 34,14; Sal 104, 29-30).

Si Dios expira (exhala) su soplo (aliento), la vida penetra en todas las criaturas; si aspira (respira), les retira su aliento y mueren. Esto significa que tenemos "el espíritu prestado" (Sab 15,16), nuestra vida en su aliento.

La vida es acción dinámica. Donde hay dinamismo, allí está El. Y esto en todos los aspectos: en el animal, el espiritual, científico, político y progresista, y hasta en el económico. El Espíritu es el motor de la historia humana, lo invade todo, está presente en todo:

"¿Adonde podría ir lejos del Espíritu, lejos de tu presencia?" (Sal 139,7). "Tu Espíritu incorruptible está en toda las cosas" (Sab 12,1), "llena el universo" (GS 11), "todo lo abarca y todo lo conoce" (Sab 1,7).

Por eso, cuando en la liturgia decimos: "Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria", estamos proclamando la doxología del universo interpretada por la Iglesia. "La música callada" y "la soledad sonora" de las criaturas es la voz silenciosa del Espíritu que todo lo llena, que lo penetra todo, pero de una manera especial el alma del hombre. Es el "Espíritu" que se hace espíritu, para divinizar nuestro "espíritu".

2. EL ESPÍRITU Y LA ESPIRITUALIDAD

1. EL BAUTISMO

Sin el Espíritu no hay ni vida cristiana ni vida espiritual. El principio y la fuente de la vida espiritual está en el bautismo, que nos confiere el perdón de los pecados y el don del Espíritu:

"Arrepentíos y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados; entonces recibiréis el Espíritu Santo" (He 2,37-38).

El bautismo nos lava, nos purifica y nos salva en el nombre de Jesucristo y del Espíritu Santo (1 Cor 6,11), nos convoca a la solidaridad, haciéndonos miembros del mismo cuerpo, pues todos somos bautizados en el mismo Espíritu (1 Cor 12,13).

Dios sopló sobre el primer hombre y le dio la vida humana (Gn 2,7), Jesucristo, el Resucitado, sopló sobre sus discípulos y les dio el Espíritu Santo, la vida espiritual y el poder de transmitirla a los hombres (Mt 18,29) y perdonándoles los pecados (Jn 20,22-23)

2. EL HOMBRE NUEVO

El bautizado ha nacido de nuevo, ha recibido una naturaleza espiritual: "Dios es espíritu" (Jn 4,24) y "lo que nace del Espíritu es espíritu" (Jn 3,6).

El Espíritu es el creador del mundo nuevo anunciado por los profetas: el desierto convertido en vergel y el vergel en bosque; la justicia y el derecho como rectores de la convivencia humana (Is 52,15-18; 44,3). Eso será cuando "se derrame sobre nosotros el Espíritu venido de lo alto" (Is 32,15). Entonces surgirá el hombre nuevo anhelado por el salmista: "Oh Dios, crea en mí un corazón puro, implanta en mis entrañas un espíritu nuevo" (Sal 51,12).

Es el hombre nuevo de Ezequiel (Ez 36,26) del que habla san Pablo: "creado según Dios, en justicia y santidad verdadera" (Ef 4,24); "lo único que importa es ser un hombre nuevo" (Gal 6,15) y "sólo es nueva criatura el que está en Cristo (2 Cor 5,17) que de todos los pueblos hizo en su propia persona una "nueva humanidad haciendo así la paz" (Ef 2,15); para que este hombre nuevo no pierda su condición de hijo de Dios, tiene que dejarse guiar por el Espíritu (Rom 8,14).

"El Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el paraíso, nos lleva al reino de los cielos y a la adopción filial,

nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamados hijos de la luz y de tener parte en la gloria eterna" (San Basilio).

3. EL ESPÍRITU Y LA CARNE

"La carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne" (Gal 5,17). El hombre puede actuar según la carne o según el espíritu. Actuar según la carne equivale a realizar las obras de la ley, por las que no se recibe el Espíritu Santo, el cual sólo se recibe por la fe:

"Solamente quiero saber esto de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por haber aceptado la fe que os anunciamos? ¿Tan insensatos sois que, habiendo comenzado por el Espíritu, termináis en la materia?" (Gal 3,3-4),

Los gálatas comenzaron recibiendo el espíritu Santo, al creer en Jesucristo, y ahora quieren terminar la obra cumpliendo la ley mosaica, lo cual es una insensatez, pues van de lo perfecto a lo imperfecto, de lo que vale a lo que no vale, pues la letra de la ley era causa de pecado, producía frutos de muerte (Rom 7,5-6).

Proceder según la carne es apoyar la vida en lo humano, en los propios valores y deseos, en la estupidez de las ambiciones y de las vanidades, en el poder, o en los bienes materiales. Y eso es la muerte.

Proceder según el espíritu es la vida: "Sí vivís según la carne moriréis, pero si vivís según el Espíritu, viviréis" (Rom 8,13).

Vivir según el Espíritu es apoyarse en el poder de Dios hacer un proyecto de vida orientado hacia Él, bajo la acción del Espíritu Santo, dejar de ser materialistas y hacerse espirituales, servidores de Dios y señores -no esclavos- de las cosas de este mundo.

4. TEMPLOS DEL ESPÍRITU SANTO

Desaparecido el templo de la ley antigua, el templo de la ley nueva es Jesucristo (Jn 2,19-21) en el que Dios establece su morada (Jn 1,14). Los cristianos corporativamente, en cuanto conjunto integral de la Iglesia, e individualmente, en cuanto miembros de la misma y como prolongación de Jesucristo, son el nuevo templo "consagrado al Señor" (Ef 2,21). ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?" (I Cor 6,19; 3,16).

En efecto, "los bautizados son consagrados por la regeneración y la acción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo" (LG 10), como "morada de Dios" (Ef 2,22).

A este nuevo templo corresponde un culto nuevo "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23), una nueva "liturgia sagrada" en la que actúa como protagonista el Espíritu Santo (LG 50). Cuando el que preside la Eucaristía dice: "El Señor esté con vosotros", los demás contestan: "Y con tu Espíritu". La respuesta no quiere decir: "Y contigo", sino esto: "Que el Señor esté contigo que tienes el carisma del Espíritu para presidir este acto litúrgico. No se trata de un simple saludo, sino de una referencia al Espíritu Santo, presente en todos y de manera especial en el presidente.

El culto nuevo se realiza en el corazón del hombre, donde actúa el "sacerdocio santo" (1 Pe 2,5) ejercido colectivamente por el pueblo de Dios, capacitado "para ofrecer víctimas espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo".

Destruído el templo material y reconstruido el espiritual, el cuerpo glorificado de Jesucristo, hemos entrado en la era de otros sacrificios. A un templo espiritual, corresponden unos sacrificios y unas ofrendas espirituales. La Iglesia entera y cada uno de sus miembros, al igual que lo fue Jesucristo, debe ser ahora oferente y ofrecida, sacerdocio y víctima. Todos "ofrecen sus propios cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios; este es el sacrificio que se debe ofrecer" (Rom 12,1). Y en qué consiste este sacrificio?. "En ofrecerse a sí mismos, renovándose, transformándose

conforme a la voluntad de Dios, pues eso es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (Rom 12,21).

5. EL TALLER DEL ESPÍRITU

El taller del Espíritu es ese templo vivo, el alma del hombre, donde el Espíritu trabaja de una manera silenciosa y fecunda. Porque esa ofrenda espiritual, que el pueblo cristiano ofrece sin cesar a Dios, es la renovación del alma, y eso sólo se puede conseguir con la fuerza y la acción del Espíritu Santo en ella. Esta presencia activa en el mismo centro del corazón humano es un signo de la inmanencia recíproca que hay entre ambos. El Espíritu está en el hombre y el hombre en el Espíritu, el cual habita de tal manera en nosotros (Rom 8,11) que bien podía decir San Pablo: " En él vivimos, nos movemos y existimos" (He 17,27).

Del trabajo que el Espíritu realiza en el taller-santuario de nuestro corazón cabe destacar dos cosas:

1ª) Actúa como maestro de oración, nos enseña a orar, porque nosotros no sabemos hacerlo:

"El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros" (Rom 8,26)

2ª) Nos infunde un espíritu filial, nos enseña a llamar "Padre" a Dios, a confiar en él, a abandonarnos en su regazo maternal, el último fin de la oración:

"Porque no recibisteis el espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre!. El mismo Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom 8,16-17; Gal 4,6; Mc 14, 36).

6. EL CAMINO DEL ESPÍRITU

Los efectos sensibles de la actuación del Espíritu Santo en

nosotros no pueden ser más que estos: "Caminad en el Espíritu" (Gal 5,16). Y este camino del Espíritu no es otro que el amor: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo" (Rom 5,5).

Pero para estar entregados al amor (1 Jn 4,16) hay que dejarse guiar por el Espíritu Santo que es el amor mismo, el amor hecho persona (Rom 8,14). Y el que se comporte bajo los imperativos del amor, cumple todos los preceptos, "pues el amor es la plenitud de la ley" (Rom 8,10). Y este cumplimiento de la ley del amor es también obra del Espíritu: "Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos" (Ez 36,27). Todo es gracia.

3. EL ESPÍRITU SANTO Y JESUCRISTO

1. LA CONCEPCIÓN DE JESÚS

Jesús es una creación directa del Espíritu Santo en el seno virginal de María:

"El Espíritu descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con tu sombra; por eso, lo que nacerá será llamado santo, Hijo de Dios" (Lc 1,35)." María se encontró encinta por obra del Espíritu Santo" (Lc 1,18)

Desde el momento de su concepción está lleno del Espíritu Santo. En él se cumplen todas las promesas del Espíritu referidas al Mesías, que hemos citado antes (Is 11,1-2; 42,1; 61,1). Su concepción y su nacimiento están rodeados de manifestaciones del Espíritu.

Juan Bautista (Lc 1,5); Isabel (Lc 1,41); Zacarías (Lc 1,67); Simeón (Lc 2,25-27); y Ana la profetisa (Lc 2,36-38) estaban llenos del Espíritu Santo.

2. EL BAUTISMO DE JESÚS

En el bautismo el Espíritu, en forma de Paloma, se posó

sobre Jesús, le ungió, le declaró Mesías. Es el acto solemne de la investidura mesiánica de Jesús de Nazaret:

"Jesús vino desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En el momento en que salía del agua, vio los cielos abiertos y el Espíritu Santo, como una paloma, bajando sobre él, y se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto" (Mc 1,10-11).

El Espíritu no habla nada, aparece simbólicamente y en silencio; el Hijo actúa y se bautiza; el Padre habla y sus palabras declaran que Jesús tiene una filiación divina y un mesianismo real: es Hijo de Dios y rey mesiánico. "Nacido de la estirpe de David, según la carne, ha sido constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu" (Rom 1,3). En la escena bautismal, el Espíritu hace posible el encuentro del Padre y del Hijo. Un encuentro que se hará patente en otros pasajes evangélicos: "Jesucristo, lleno de gozo bajo la acción del Espíritu, dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra" (Lc 10,21).

En ambos textos (Mc 1,10-11 y Lc 10,21) el Espíritu testimonia y comprueba la absoluta intimidad entre el Padre y el Hijo. Baja del cielo y se posa sobre Jesús. Esto significa que desde el comienzo de su vida pública, como evangelizador itinerante, tiene todo el poder divino para realizar la magna obra mesiánica que el Padre le ha encomendado. Y él, que iba a bautizar en el Espíritu, estuvo desde el principio lleno de Él, pues "Dios le ha dado su Espíritu sin medida" (Jn 3,34), para que de esa plenitud suya, pueda repartirlo también sin medida.

3. JESÚS ACTÚA BAJO LA ACCIÓN Y CON EL PODER DEL ESPÍRITU

Comienza su vida pública empujado por el Espíritu, que le lleva al desierto para ser tentado por el Diablo (Mt 4,1). Su victoria sobre Satanás es también la victoria del Espíritu que le dio fuerza y poder para resistir y vencer las tentaciones.

Tras las tentaciones "regresó a Galilea impulsado por el Espíritu" (Lc 4,14)

En su discurso programático, en la sinagoga de Nazaret, se apropia las palabras de Isaías:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor. Hoy se cumple entre vosotros esta Escritura" (Lc 4,18-19).

Esta es su misión: Anunciar el evangelio a los pobres, proclamar el perdón universal y liberar a todos los oprimidos de la tierra.

Sus paisanos se preguntaban de donde le venía tanta sabiduría y tanto poder para hacer tales portentos (Mt 13,54). Y, a su vez, los Sumos Sacerdotes decían: "Con qué autoridad hace todo esto y quién le ha dado esta autoridad? (Mt 21.25). Esta es la respuesta: El Espíritu que actúa en él.

4. JESÚS REVELADOR DEL ESPÍRITU

Jesús nos enseña quién es y qué hace el Espíritu, cuáles son sus funciones en favor de los hombres. Sobre esta enseñanza de Jesucristo, nos fijamos separadamente en los evangelios sinópticos y en el evangelio de Juan, dada la notable diferencia que hay entre ellos.

1º. LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

1. ASISTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO: MT 10,19-20

Los discípulos de Jesucristo sufrirán persecuciones y serán llevados a los tribunales. El Espíritu les sugerirá lo que tienen que decir:

"Cuando os entreguen no os preocupéis sobre cómo habéis de hablar o qué habéis de decir, porque en aquel momento se

os sugerirá lo que debéis decir. Pues no sois vosotros los que habláis, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros" (Mt 10,19-20)

Aunque sean de humilde condición social y carezcan de la cultura necesaria para desenvolverse con sabiduría y rebatir las acusaciones que les hagan, no han de tener miedo alguno en enfrentarse con los tribunales, pues cuentan con el don del Espíritu que les hará salir airosos.

2. EXPULSIÓN DE LOS DEMONIOS: MT 12,28

"Yo expulso los demonios con el Espíritu de Dios" (Mt 12,28)

Esto significa varias cosas: Que se han enfrentado el poder de Dios y el poder del Maligno; que el Poder de Dios acabará con el poder de Satanás; que Jesucristo es superior al demonio; que el bien triunfará sobre el mal; que el reino de Dios ha llegado y que el reino de Belzebú, el príncipe de los demonios, toca a su fin. Las profecías del A.T. anunciaban que con la venida del reino mesiánico terminaría el reino de Satanás.

3. EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO: MT 12,31-32

"A los hombres se les perdonarán todos los pecados y blasfemias pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se le perdonará"

En qué consiste este pecado imperdonable? No es fácil saberlo. Se han dado varias explicaciones. Estas son algunas:

1) Según San Marcos (3,28-30) el pecado está en negar que el Espíritu actúa en Jesucristo; que Jesucristo hacía los milagros con el poder del Espíritu, lo que equivale a cerrar los ojos a la luz.

2) Según San Lucas (12,9-10) el pecado está en

avergonzarse de Jesucristo, en no confesarle públicamente, en negarse a dar testimonio de él:

"El que niegue a Jesús delante de los hombres, él lo negará delante de Dios. Al que hable mal del Hijo, se le perdonará, pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará".

3) El Espíritu Santo es el amor. Blasfemar contra Él es blasfemar contra el amor, es odiar, en lugar de amar. Si el hombre ha sido hecho para amar y no ama, está anulando y destruyendo su propia naturaleza, su razón de ser, el fin para el que ha sido creado. Santa Teresa dice que la condenación eterna, el pecado imperdonable, el infierno, consiste en no poder amar: ser hechos para amar y no poder amar.

4. EL DON DEL PADRE: LC 11,13

"¡Cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu a quienes se lo pidan".

Cuando oramos, hemos de tener la seguridad de que Dios siempre nos escucha y nos atiende, porque es un padre que da a sus hijos todo lo mejor, el bien supremo, el Espíritu, dispensador de todo bien. Al que ora constantemente, Dios le concede todos los bienes espirituales que emanan de la fuente inagotable del Espíritu.

2º. EL EVANGELIO DE JUAN

1. EL PARÁCLITO

"Paráclito" es un vocablo con el que sólo Juan designa al Espíritu y lo hace cinco veces en el evangelio y una en la primera carta (1 Jn 2,1). El sentido del vocablo es muy complejo y no puede ser expresado en una sola palabra. Abarca estos sentidos: defensor, ayuda, consolador,

auxiliador, abogado, intercesor, consejero, mediador, acusador, exhortador. La traducción literal sería la de "advocatus", abogado, llamado al lado de uno, pues es un participio pasivo del verbo *parakaleo* que significa llamar, hacer venir.

En los discursos de despedida (Jn 13-17) el evangelio de Juan pone en boca de Jesús cinco misiones o cinco competencias fundamentales del Paráclito.

El vocablo está empleado en un contexto jurídico procesal. Se trata del proceso de Jesucristo, en el que la Iglesia, representada en los discípulos de Jesucristo, se ve implicada. En este juicio, en el que se enfrentan Jesucristo y el mundo, el Paráclito desempeña el papel de protagonista entre las partes. Unas veces, como abogado del inocente: Jesucristo. Otras, como abogado acusador del culpable: el mundo. Y otras, como testigo de cargo contra el mundo y de descargo en favor de Jesucristo.

2. EL DEFENSOR: JN 14,16-17

"Yo pediré al Padre que os mande otro Paráclito que esté siempre con vosotros: El Espíritu de la verdad que el mundo no puede recibir, porque ni le ve, ni le conoce. Vosotros le conocéis, porque vive en vosotros y está con vosotros".

El Espíritu nos comunica la verdad que es Cristo (Jn 14,16). Estará siempre con los discípulos de Jesucristo para ayudarles, para defenderles como el abogado defensor al lado de su cliente para darle ánimos y sugerirle lo que tiene que hacer y decir.

Esta es la principal misión del Espíritu, estar siempre con nosotros, lo que, por otra parte, garantiza la continuidad en la comunidad cristiana de la misma fe a través de los siglos.

El "otro Paráclito" es el Espíritu, igual y distinto de Jesús, que estuvo de manera visible con los discípulos todo el tiempo de su vida pública (Jn 14,9) y que seguirá estando, ya de manera invisible, con todos los miembros del pueblo de Dios hasta la consumación del mundo (Mt 28,20). Tenemos en

nosotros y con nosotros la presencia conjunta de Jesucristo, que es la verdad, y del Paráclito que es el Espíritu de la verdad. Pero esta presencia invisible se da únicamente en los que conocen a uno y a otro, es decir, en los que tienen fe.

3. EL ESPÍRITU DE LA LIBERTAD

El Espíritu de la verdad (Jn 14,17; 15,26; 16,13; 1 Jn 4,6) es el Espíritu de la libertad: "Donde está el Espíritu, allí hay libertad" (2 Cor 3,17). "La verdad os hará libres" (Jn 8,32).

Jesucristo nos hace hombres libres: " Si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres" (Jn 8 36). Cristo nos ha liberado, para que seamos libres" (Gal 5,1). Y el Espíritu nos libera a todos de todos los pecados y esclavitudes (Jn 20,22-23; GS 38). Los cristianos están llamados a la libertad y, por tanto, no pueden ser esclavizados por nada ni por nadie (1 Cor 7,23). El hombre tiene la obligación de vivir en libertad, pues, si la pierde, pierde su dignidad de persona.

Para San Pablo, la libertad consiste en sacudiese el yugo de la ley y esto es obra del Espíritu Santo: "Si os dejáis conducir por el Espíritu, no estáis bajo la ley" (Gal 5,18). Por ley hay que entender, en primer lugar, la ley mosaica, pero también toda normativa que, desde fuera constringe, oprime y agobia al hombre. San Pablo piensa en el practicante, en el que cree que con observar unas prescripciones religiosas se está justificando ante Dios, pues eso manifiesta un sentimiento de autosuficiencia y de orgullo espiritual. En esta doctrina de San Pablo se ven retratados el fariseo de la parábola que, por cumplir hasta las minucias de la ley, se creía perfecto ante Dios y ante los demás que eran unos pecadores, y el católico "practicante" que cumple los mandamientos de la Iglesia, que obligan desde fuera pero que no cumple el mandamiento nuevo porque tiene apagado el fuego del amor que le obligaría desde dentro a cumplirlo. El Espíritu es el enemigo de la legalidad.

Un cristiano "ha muerto a la ley" (Rom 7,4)," no está bajo la ley, sino bajo la acción de la gracia" (Rom 6,14). La salvación es un puro regalo de Dios. El hombre se salva por la

gracia. Si se salvara por la ley , se salvaría a sí mismo, no sería salvado por Jesucristo que habría muerto en vano:

"Dios nos ha salvado no por la justicia que hayamos practicado, sino por puro amor" (Tit 3,4). "La ley del Espíritu, que da la vida en Cristo Jesús, me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte" (Rom 8,1).

No es que la ley sea mala, es que no sirve para salvar. La ley, que era instrumento de pecado y de muerte, ha sido cambiada por la "ley del Espíritu, ¿Y cuál es esta ley del Espíritu? La gracia, el mismo Espíritu. Es la "ley perfecta de la libertad" (Sant 1,25; 2,12) "la ley de Jesucristo" (Gal 6,2) "la ley nueva" que anunciaban lo profetas para los tiempos mesiánicos: "Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón" (Jer 31,33). Ezequiel repite esto mismo, pero donde Jeremías pone "ley" , él pone "Espíritu": "Yo pondré mi Espíritu en vosotros" (Ez 36.27).

Se trata, por tanto, de la fuerza que nos empuja a obrar desde el interior, desde dentro del alma. Esa fuerza es la gracia, el Espíritu, la ley nueva promulgada en Pentecostés, cuando el Espíritu entró en el corazón del hombre y grabó a fuego en él una palabra, que es su propio nombre, AMOR, la ley del cristiano: "Toda la ley se resume en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gal 5,14; Rom 13,8-10)

Esta ley tiene tanta fuerza que anula a las demás fuerzas que pudieran actuar desde fuera, de las que el cristiano se siente liberado de manera radical. En eso consiste la vida espiritual, pues donde no hay amor, hay muerte, y sin amor, toda práctica, sea del signo que sea, religiosa o no, se pierde en el vacío, todas las cosas quedan reducidas a la nada.

El que obra movido por el amor es un ser libre que se siente atado únicamente por el amor, el cual sólo tiene una ley, el amor mismo: "Ama y haz lo que quieras" decía San Agustín. "Para el justo no hay ley", decía San Juan de la Cruz.

El cristiano, por ser hijo de Dios, es un ser libre:

"Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! ¡Padre! De suerte que ya no eres esclavo, sino hijo" (Gal 4,6-7; Rom 8,15-16).

A pesar de esto, y justamente por esto, el cristiano es un ser libre y, al propio tiempo, esclavo, pues el amor, por una parte produce la libertad, pero, por otra, es la mayor fuerza esclavizadora, pues el amante se hace esclavo del amado, y eso es el cristiano, un esclavo de todos: "Haceos esclavos unos de otros por amor" (Gal 5,13). Eso fue Jesucristo, el esclavo número uno, que vino a este mundo para servir y no para ser servido y que nos mandó que hiciéramos lo que él hizo (Jn 13,14-15). El Espíritu nos abre a los demás, nos convierte en unos expropiados para utilidad pública, para servir a los demás en lo que ellos necesitan y quieren ser servidos, no en lo que, a veces, "a priori" y de manera paternalista queremos nosotros servirles, pues esto, en lugar de ayudar, humilla, y nadie tiene derecho a humillar a nadie.

4. EL MAESTRO: JN 14,25-26

"Os he dicho estas cosas, estando con vosotros, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,25-26).

Es la única vez en la que el IV evangelio contiene la fórmula plena: "Espíritu Santo". En este texto se superponen dos tiempos de la historia de la salvación, el tiempo de Jesucristo y el tiempo de la Iglesia, relacionados y unidos por la acción del Espíritu Santo. Aquí hay una doble función del Paráclito: enseñar y recordar:

1º) Enseñar

Enseñar quiere decir interpretar y actualizar las enseñanzas de Jesucristo. El Espíritu no aporta cuantitativamente nada nuevo. Nos da a conocer la verdad

plena de todo lo que Jesucristo dijo, las profundidades de su contenido. Se trata de una mayor comprensión de las verdades reveladas por Cristo, mayor incluso de la que tuvieron los primeros oyentes. Y esto lo hace el Espíritu de una manera progresiva. El mensaje de Cristo es dinámico, en continuo desarrollo, que puede y debe ser cada vez mejor comprendido y aceptado por los hombres. Tiene que ser constantemente actualizado en las diversas situaciones históricas y en los condicionamientos sociales por los que el pueblo de Dios, el mundo en general y cada persona en particular va sucesivamente pasando

Una tradición no actualizada es una tradición muerta, estéril, que en lugar de vivificar, asfixia, aplasta la libertad, destruye la vida dinámica de la fe.

2ª) Recordar

En la Biblia recordar es vivir lo recordado, vivir el pasado en el presente, en las circunstancias actuales tan diferentes a las de otrora. Se trata de traer a la memoria del alma el acontecimiento salvador de Jesucristo para vivirlo de manera profunda e ininterrumpida, algo que está garantizado por la inhabitación en nosotros del Espíritu. Por eso, al Espíritu Santo se le ha llamado "la persona del recuerdo", el recordatorio de Jesucristo, de lo que dijo y de lo que hizo: "Haced esto en recuerdo mío" (Lc 23,19), es decir, acordaos de mí y haced lo que yo hago: "Derramar mi sangre por vosotros y por todo el mundo". Se trata de un recuerdo actualizado, creativo, comprometedor e interpelante: acordándonos de Jesucristo, nos entregamos a los demás, hasta la muerte, como Él, si fuera preciso.

El único maestro de la Iglesia es el Espíritu que nos enseña a todos, desde el primero al último. Porque los que están puestos para enseñar -el Papa, los Obispos, los doctores, los dirigentes de la Iglesia- enseñan de manera auténtica en tanto en cuanto ellos son enseñados, se dejan enseñar, por el Espíritu. Todos los miembros de la Iglesia son discentes y docentes, todos aprenden y todos enseñan. Y

para enseñar, primero hay que aprender.

En la comunidad nadie posee en exclusiva el título de maestro, porque nadie monopoliza al Espíritu que nos enseña a todos y habla por la boca de todos. Y con frecuencia el que más nos enseña, y del que más aprendemos, no es el de arriba -el sabio, el entendido, el dirigente- sino el de abajo -el sencillo, el humilde, el ignorante-, el que menos pinta, el que parece el más insignificante, el más pequeño, pero que, en realidad, es el más grande.

5. EL TESTIGO: JN 15,26-27

"Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. Y vosotros también lo daréis, porque desde el principio estáis conmigo" (Jn 15,26-27).

El Espíritu de la verdad tiene como misión fundamental decir la verdad y dar testimonio sobre Jesucristo. En el juicio, al testigo se le conjura a decir la verdad.

Este testimonio es doble, directo e indirecto. Testimonio directo en el corazón del hombre, para infundirle la fe en Jesucristo y afianzarle en ella. Sin este testimonio no es posible la fe y permanecer en ella. Un testimonio indirecto, a través de sus discípulos que actúan bajo la acción del Espíritu. Los dos testimonios se refieren a confesar la fe, en el interior del alma y públicamente, ante uno mismo y ante los demás. La fe se vive y se manifiesta. ¿Por qué los cristianos no hablamos más, en público y en privado, de Jesucristo y de su Espíritu?

Sobre Jesucristo y su obra seductora hay también otros testimonios. El de las Sagradas Escrituras (Jn 5,39), el del Padre (Jn 5,31.32.37), el de las obras (Jn 10,38), el del Bautista (Jn 1,7-8), el del evangelista (Jn 19,31; 21,24), el de los discípulos que es fidedigno, pues estuvieron con él desde el principio (Jn 15,171) y son testigos presenciales, oyentes directos:

"Lo que era desde el principio, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida, pues la vida se ha manifestado, la hemos visto y damos testimonios de ella" (1 Jn 1,1-2).

Es un testimonio, que los discípulos comienzan a dar después de haber recibido la fuerza del Espíritu en Pentecostés: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros para que seáis mis testigos" (He 1,8).

Los discípulos no aguantarán de una manera pasiva las persecuciones que el mundo hace a Jesucristo en sus personas, sino que se pronunciarán contra el mundo y ese pronunciamiento es la voz del Espíritu que habla por ellos (Mt 10,20; Lc 12,12). La Iglesia sigue siendo perseguida y los cristianos deben ser testigos de su inocencia y esto lo deben testificar hasta con su propia sangre. Eso significa y es el "mártir", el testigo, que da la vida por la causa cristiana.

6. EL ACUSADOR

"Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; si me voy, os lo enviaré. Cuando él venga demostrará al mundo en qué está el delito, la justicia y la condena. El delito consiste en que no creen en mí; la justicia, en que me voy y no me veréis más; y la condena, en que el príncipe de este mudo está ya condenado" (Jn 16,7-11).

El verbo empleado *-elégkhein-* para decir la misión del Paráclito tiene diversas significaciones: reprochar, censurar, acusar, probar, demostrar, convencer.

El contexto nos sitúa en la celebración de un juicio, en el que se trata de demostrar la acción delictiva del mundo frente a la persona de Jesucristo. Y eso es propio, no del magistrado-juez, sino del magistrado-fiscal, el acusador. Esa es la función del Paráclito que acusa (y prueba) al mundo de tres cosas:

1ª) De delito

El delito del mundo consiste en que no aceptó a Jesús (Jn 1,10-11): "Aunque había hecho muchos milagros ante ellos, no creyeron en él" (Jn 12,37). Al no creer en él, no creyeron en Dios, pues todo lo que Jesucristo hacía, lo hacía tal y como le había ordenado el Padre. Y el pecado de incredulidad, de negar a Dios, es un pecado radical. Porque, además, no se trata de no creer en Jesucristo con un acto puramente intelectual, sino de adoptar una conducta cruel contra él. El Paráclito aportará las pruebas objetivas y fehacientes de ese delito de incredulidad: el asesinato de Jesucristo, su crucifixión. Demostrará que la inocencia y la verdad están de parte de Jesucristo, "que se manifestó como hombre y fue rehabilitado por el Espíritu" (1 Tim 3.,16).

2ª) De injusticia

El mundo, los judíos (no el pueblo judío, sino sus dirigentes) fueron injustos con Jesucristo. Hasta le acusaron de blasfemo y de impostor pues se proclamaba "el enviado" de Dios, y se hacía igual a Dios, algo absolutamente inadmisibles. Le quitaron la razón en todo. Pero Dios, resucitándole y elevándole al cielo, le dio la razón, le hizo justicia, demostró que todo lo que había hecho y dicho era verdad. Jesucristo era, en efecto, el "enviado" y el Hijo de Dios. Jesucristo, por tanto, sale victorioso en el juicio. Su justicia se hace patente en su victoria final sobre la muerte y sobre Satanás.

3ª) De condena

El mundo condenó a Jesucristo y lo hizo, no de manera arbitraria o por un error jurídico, sino en nombre de la ley: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley, debe morir, porque se hace Hijo de Dios" (Jn 19,7) De ese modo, en nombre de la ley y de la justicia se comete la mayor injusticia de la historia. Pero esta condena recae, ha recaído ya, sobre el mundo y sobre el príncipe del mundo que ya está

condenado. El Paráclito da la vuelta a la condena. Como acusador, hace responsable al mundo de la condena de Jesucristo y, como notario, da fe de que, como contrarréplica, Dios ha condenado al mundo. Por tanto, el "delito" está en el mundo, la "justicia" en Jesucristo y la "condena" en el príncipe de este mundo, Satanás.

7. EL PROFETA: JN 16,13-15

"Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad plena, pues no os hablará por su cuenta, sino que os dirá lo que ha oído y os anunciará las cosas venideras. El me honrará a mí, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso os he dicho que recibirá de lo mío y os lo anunciará" (Jn 16,13-15).

El Paráclito actúa como profeta: 1) Porque es "el intérprete autorizado de Jesús": nos anuncia lo que recibe de Jesús. Y eso son los profetas, intérpretes de Dios. 2) Porque no habla por su propia cuenta, sino que se limita a anunciar lo que le han dicho. Y eso hace el profeta, proclamar lo que Dios le revela. 3) Porque anuncia el futuro algo específico del profeta.

El Espíritu "guía", no "lleva", a la verdad entera, respeta la libertad del hombre. Esta función de "guía" estaba ya presente en el A.T.: "Tu buen Espíritu me guiará por un sendero llano" (Sal 143,10). Muéstrame tus caminos, Señor, guíame en tu verdad" (Sal 25,4-5).

La verdad entera es la comprensión de todo lo que es y de todo lo que hizo Jesucristo. Sus palabras fueron consignadas por escrito en los evangelios bajo la inspiración del Espíritu Santo y bajo esa misma inspiración deben ser interpretadas.

El Paráclito, como profeta, es la conciencia crítica de la sociedad presente y futura. Irá diciendo a todas las generaciones, a lo largo de la historia, la postura que deben adoptar desde la verdad de Jesucristo actualizada por él en cada momento, lo que Jesucristo debe significar en cada situación humana; y esto lo hará, no como mero repetidor,

sino como intérprete de esa verdad crística.

El Espíritu es una fuerza creativa de futuro y para el futuro, irá descubriendo el sentido del proyecto eterno de Dios de salvar al mundo, realizado en Jesucristo, y llevado a plenitud por el Espíritu. Hará que penetre en el corazón de todos los hombres y mujeres del mundo el mensaje redentor de Jesucristo.

La interpretación profética, que el Espíritu hará de una manera progresiva, abona la idea del carisma profético que nunca faltará en la Iglesia. Los profetas, con su palabra crítica, irán también exponiendo el contenido y el poder del evangelio en consonancia con las estructuras sociales, económicas, políticas y religiosas del momento. Y esa palabra, lejos de ser eliminada o amortiguada, debe ser escuchada, alentada y practicada por la comunidad de creyentes. Porque es la palabra del Espíritu que surge en la comunidad, en cualquier miembro de la misma. La profecía no está ligada a ningún ministerio y libera al evangelio de un tradicionalismo anquilosado. Eso hace que el evangelio esté siempre vivo y operante, que dé respuesta a los problemas de la sociedad y que no se quede clausurado en un espacio de religiosidad pietista puramente sentimental.

8. EL ESPÍRITU DEL GLORIFICADO

"El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie y en voz alta, dijo: El que tenga sed que venga a mí; el que crea en mí que beba. Lo dice la escritura: De sus entrañas brotarán ríos de agua viva. Eso lo dijo, refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Pues aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado" (Jn 7,37-39).

La fiesta de los Tabernáculos era la más alegre de las fiestas judías. En ella se conmemoraba el agua milagrosa que Moisés hizo brotar de la roca del desierto (Dt 8,15), y se pedían las lluvias para la próxima sementera. Todos los días de la fiesta se iba en procesión a por agua a la fuente de

Siloé, cantando el verso de Isaías: " Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación" (Is 12,13). La profusión del agua que se derramaba sobre el altar hacía recordar también la efusión del Espíritu en los tiempos mesiánicos (Is 44,3; Ez 36,25; 47,1-12; Jl 35 18).

Jesús aprovecha esta ocasión para decir que ese agua es el símbolo del Espíritu, que, "como ríos de agua viva", va a brotar de las entrañas de cuantos crean en él. Eso sucederá cuando él sea glorificado. Hasta que esa glorificación no llegue, no habrá Espíritu. Jesús, durante su vida, gozó del don y del poder del Espíritu que le confería el Padre, pero desde el momento de su glorificación se ha convertido también en dador del Espíritu. Hasta ese momento sólo lo daba el Padre y se lo daba a él. Desde ese momento él lo da igual que el Padre. Y si antes se hablaba siempre, o casi siempre, del "Espíritu de Dios", ahora se habla también del "Espíritu del Hijo" (Gal 4.6) del "Espíritu de Jesucristo" (Rom 8,9) y del "Espíritu de Jesús" (Mc 16,7).

En la primera fase de su glorificación (pasión y muerte), "Jesús inclinó la cabeza y entregó su Espíritu" (Jn 19,30). Esto significa tres cosas: 1ª) se entrega voluntariamente a la muerte: "Yo doy mi vida ... Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad" (Jn 10,17-18). 2ª) Antes de morir inclina plácidamente la cabeza hacia los que estaban a su lado y les entrega su espíritu. Se lo entrega a la Iglesia, representada en su madre y a los cristianos, representados en el discípulo amado. 3ª) Es también un preludio de la efusión del Espíritu que vendrá después.

En la segunda fase (resurrección) el protagonista es el Espíritu "que resucitó a Jesús de entre los muertos" (Rom 8,11). Lo sigue siendo también Jesucristo que "sopló" sobre sus discípulos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados y a los que se los retengáis, les serán retenidos" (Jn 20,22-23).

Tras la tercera fase (exaltación gloriosa), Jesucristo derrama abundantemente el Espíritu sobre la Iglesia: "Exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado" (He 2,33). Si él

no se iba, el Espíritu no vendría (Jn 16,7). El se fue, y el Espíritu vino. El acontecimiento pascual ha cambiado radicalmente las cosas. El Hijo de Dios, "nacido de la estirpe de David, según la carne, ha sido constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu" (Rom 1,3-4). Como si Jesucristo hubiera nacido de nuevo, dotado del poder, y como concesionario, del Espíritu.

Jesucristo se ha ido y se ha quedado. Él era el primer Paráclito, y el "otro" Paráclito (Jn 14,16) es el Espíritu que viene cuando Jesús se va. El Espíritu es la presencia de Jesús, que se va, pero que "volverá" (Jn' 14,18), que ya ha vuelto. El Paráclito es como un retrato de Jesús: a semejanza de Jesús, procede del Padre, es enviado por el Padre, es el Espíritu de la verdad, está siempre con los discípulos, los guía hacia la verdad entera, los instruye, el mundo no le conoce ni le recibe.

Aunque Jesús se ha ido, los discípulos de la segunda hora, los cristianos, no están en peores condiciones que los de la primera hora que fueron testigos presenciales, pues gozan también de la presencia de Jesús en el Espíritu que estará siempre con ellos. Por tanto, no deben quedarse plantados mirando al cielo (He 1,10) a ver si Jesús vuelve, porque ya ha vuelto y está presente en todos los que tienen fe.

9. FUNCIONES DEL PARÁCLITO

He aquí las principales funciones del Paráclito.

El defensor: Nos defiende de los acosos y de las acusaciones (Jn 14,16)

El sucesor: Viene cuando Jesús se va (Jn 16,7)

El receptor: Recibe de lo que es de Jesús (Jn 16,14)

El profeta: Anuncia las cosas venideras (Jn 16,13)

El glorificador: Glorifica a Jesús, proclama su divinidad (Jn 16,17)

El oyente: Oye y escucha lo que dicen el Padre y el Hijo (Jn 16,13)

El maestro: Enseña la doctrina de Jesús (Jn 14,26)

El recordatorio: Recuerda todo lo que ha dicho Jesús (Jn 14,26)

El guía: Nos guía a la verdad entera (Jn 16,13)

El testigo: Da testimonio, declara, a favor de Jesús (Jn 15,26)

El fiscal: Acusa al mundo y demuestra su delito (Jn 16,8)

El revelador: Revela y explica lo que ha oído (Jn 16,13)

El asistente: Acompaña y asiste a los cristianos (Jn 14,17)

El inmanente: Mora, está, en los creyentes (Jn 14,17).

El intercesor: Intercede por nosotros ante el Padre(1 Jn 2,1).

3.- QUE PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO

La Trinidad Augusta es el misterio de los misterios. Si todos los misterios, por su propia naturaleza, son incomprensibles e inexplicables, este lo es más que ninguno.

1. LA BIBLIA

Que la Santísima Trinidad está constituida por tres personas distintas es algo que nos dice la Sagrada Escritura. Pero sólo hay dos textos bíblicos que lo digan de manera clara y probatoria: el que se refiere al bautismo de Jesús y el que se refiere al bautismo de los creyentes.

1. EL BAUTISMO DE JESUCRISTO: Lc 3,21-22

"Después de que Juan bautizara a Jesús, aconteció que, mientras Jesús estaba orando, se abrió el cielo, descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz del cielo: "Tu eres mi Hijo amado, mi predilecto".

Jesús es proclamado Mesías por el Espíritu Santo y el Padre. El cielo se rasga, el Espíritu Santo desciende y se oye la voz del Padre. El Espíritu Santo es distinto del Padre y Jesús es el Hijo natural de Dios.

2. EL BAUTISMO CRISTIANO: MT 28,18-20

"Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todo lo que yo os he mandado".

Los apóstoles tienen una doble misión: enseñar y bautizar. El bautismo requiere una preparación, conocer la doctrina cristiana y adquirir el compromiso de llevarla a la práctica. No basta el conocimiento, hacen falta las obras. El bautismo ha de ser administrado en el nombre expreso de las tres personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El cristiano queda ligado a la Trinidad augusta y queda consagrado a ella en virtud del Espíritu Santo que le ha ungido. La fórmula trinitaria es tan obvia y tan clara que no deja lugar a dudas. Las otras fórmulas, que también encontramos en la Biblia, no son así de claras, pero sirven para reafirmarnos en el misterio trinitario.

3. LA TRANSGURACIÓN: Lc 9,34-35

" Mientras decía esto, apareció una nube que los cubrió... y salió de la nube una voz que dijo: este es mi hijo elegido, escuchadle".

La voz es del Padre, Jesús es el Hijo y la nube es el símbolo del Espíritu Santo.

4. LAS TRES PARÁBOLAS DE Lc 15

- La oveja perdida. El pastor es el Hijo: Lc 15,3-7
- El hijo pródigo. El Padre es Dios: Lc 15, 11-32
- La moneda perdida. La mujer es el espíritu Santo (RUAH, que en hebreo es femenino): Lc 15,8-10.

5. OTRAS EXPRESIONES TRINITARIAS

"La gracia de Jesucristo, el Señor, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros" (2 Cor 13,13).

"El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre" (Jn 14.26).

"A este Jesús... Dios lo ha exaltado y él, habiendo recibido

del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado, como estáis viendo" (He 2,32-33).

"A vosotros la gracia y la paz de parte del que es, el que era y el que viene [El PADRE], de parte de los siete Espíritus [El ESPÍRITU, simbolizado en la plenitud = 7]; y de parte de JESUCRISTO, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el rey de reyes de la tierra" (Ap 1,4-5)

6. RELACIONES DEL ESPÍRITU CON EL PADRE Y EL HIJO

Con el Padre

El Padre envía al Espíritu en nombre del Hijo (Jn 14,26)

El Padre envía al Espíritu a instancias del Hijo (Jn 14,16)

El Espíritu procede del Padre (Jn 15,26)

El Espíritu es el Espíritu del Padre (Mt 10,20; Lc 11,13; 1 Tes 4,8)

El Padre envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Gal 4,6)

Con el Hijo

El Hijo envía el Espíritu de parte del Padre (Jn 15,26)

El Espíritu es el Espíritu del Hijo (Gal 4,6; He 2,33; Flp 1,19)

El Espíritu resucita a Jesús (Rom 8,11)

El Espíritu no hablará por su cuenta, sino lo que ha oído a Jesús (Jn 16,13)

El Espíritu enseña lo que ha recibido de Jesucristo (Jn 16,14)

El Hijo en la cruz nos da su Espíritu (Jn 19,30)

El Espíritu dará testimonio sobre Jesús (Jn 15,26)

Para que venga el Espíritu se tiene que ir el Hijo (Jn 16,7)

El Espíritu recordará todo lo que ha dicho el Hijo (Jn 14,26)

Todos estos textos nos hablan de la dependencia que el Espíritu tiene del Padre y del Hijo y son aptos para que la teología trabaje sobre ellos en el intento de la mayor aproximación posible al misterio trinitario.

2. LOS SANTOS PADRES

Para decir algo sobre el misterio, los Santos Padres acudieron a las metáforas. Esta es una: El Padre es el sol, el Hijo es la luz, el Espíritu es el fuego. Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres dioses, sino tres personas distintas iguales en naturaleza y en dignidad.

El lenguaje filosófico, que ellos emplearon y que han venido empleando los teólogos para explicar el misterio, está hoy totalmente desfasado: Substancia, esencia, naturaleza, relaciones, procesiones, consubstancialidad. Con estos términos se trata de explicar las operaciones "ad intra", propia de cada una de las tres personas. En cuanto a las operaciones "ad extra", todas ellas son comunes a los; tres, pero sólo "por atribución" se dice que al Padre corresponde la creación, al Hijo la redención y al Espíritu la santificación. Por eso decimos que ahora nos encontramos en la era del Espíritu y que somos "templos del Espíritu Santo", aunque, en realidad, somos templos de la Triade Sagrada. Los tres moran de manera conjunta e inseparable en el alma de los creyentes. "El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Jesucristo, lo hace porque el Padre le atrae (cf. Jn 6,11) y el Espíritu le mueve.

En la época patristica fueron grandes las discusiones y controversias especialmente en lo que se refiere al Espíritu Santo. Las conclusiones a las que se llegó quedaron plasmadas en los documentos de los concilios y en los símbolos de la fe. Entre los muchos textos patristicos, sólo transcribimos este, un tanto largo, pero muy significativo, de San Ambrosio:

"Recuerda tu profesión de fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. No significa esto que creas en uno que es el más grande, en otro que es menor, en otro que es el último, sino que el mismo tenor de tu profesión de fe te induce a que creas en el Hijo igual que en el Padre, en el Espíritu Santo

igual que en el Hijo, con la sola excepción de que profeses que tu fe en la cruz se refiere únicamente a la persona de Jesús, el Señor", "Tu has sido bautizado en el nombre de la Trinidad. Has profesado tu fe en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo. Vive conforme a lo que has hecho. Por esta fe has muerto para el mundo y has resucitado para Dios, has muerto para el pecado y has resucitado para la vida eterna".

3. LOS CONCILIOS

El credo actual no salió así de las manos de los apóstoles, los cuales proclamaban originariamente el "kerigma": Jesús de Nazaret es el Mesías, Hijo de Dios, muerto y resucitado, según las Escrituras. "Os transmito lo que a mí vez yo recibí: Que Jesucristo murió por nuestros pecados y resucitó el tercer día según las Escrituras" (I Cor 15,3-4).

El Concilio Vaticano II, que proclama la fórmula "la Trinidad de Personas y la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo" (UR 2), recuerda que "los dogmas fundamentales de la fe cristiana sobre la Trinidad y el Verbo de Dios, encarnado de la virgen María, han sido definidos en los concilios ecuménicos celebrados en oriente" (UR 14).

El credo actual es el llamado niceno-constantinopolitano, elaborado por los dos concilios ecuménicos, el de Nicea (a. 325) y el de Constantinopla (a. 381).

En los primeros credos, apenas se hablaba del Espíritu Santo. Eran fundamentalmente credos cristocéntricos. Al referirse a Jesucristo, se hablaba de sus funciones redentoras, mientras que del Espíritu Santo sólo se decía: "Creo en el Espíritu Santo". He aquí una fórmula interrogativa del credo que se hacía a los bautizandos y que recoge Hipólito hacia el a. 215:

"¿Crees en Dios Padre todopoderoso? ¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació por obra del Espíritu Santo de María Virgen, fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió y fue sepultado y al tercer día resucitó vivo de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Crees en el

Espíritu Santo, en la santa Iglesia, en la resurrección de la carne?".

Vemos como el Espíritu Santo quedaba relegado al último puesto y a la más mínima expresión.

A estos credos interrogativos sucedieron los credos declarativos que tenían que aprender de memoria los bautizandos y recitar públicamente antes de ser bautizados. Unos credos que están definitivamente elaborados y recogidos en los concilios, comenzando por el de Nicea (a. 325) que promulgó un credo declarativo para toda la Iglesia y que sirvió de modelo para todos los posteriores.

Estas son algunas de las formulaciones conciliares referidas al Espíritu Santo:

"Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre" (Conc. Constantinopolitano). El "que procede" se debe a Jn 15,26.

En los primeros siglos estaba claro que el Espíritu "procedía del Padre por el Hijo". Los Padres occidentales, apoyados en Jn 16,14, elaboraron la fórmula "y *del Hijo*" -el famoso *filioque*- en lugar de "*por el Hijo*", lo que dio origen a grandes diatribas entre oriente y occidente. La fórmula "y *del Hijo*", reconocida y profesada en el concilio de Calcedonia, fue consagrada en el credo niceno-constantinopolitano.

"El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza" (Conc. de Toledo a. 675).

"El que es el Hijo no es el Padre y el que es el Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo el que es el Padre y el Hijo" (Ib). El Padre es referido al Hijo, el Hijo lo es al Padre, el Espíritu Santo lo es a los dos" (Ib) "El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Santísima Trinidad, es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo, de la misma substancia y de la misma naturaleza. Por eso, no se dice que es sólo el Espíritu del Padre, sino a la vez el Espíritu del Padre y del Hijo" (Ib).

"El Padre es quien engendra, el Hijo es quien es engendrado

y el Espíritu Santo es el que procede" (Conc. de Letrán IV, a. 1215).

"El Espíritu Santo tiene su esencia y su ser a la vez del Padre y del Hijo y procede eternamente tanto de Uno como de Otro como de un solo principio y espiración" (Conc. de Florencia a.1438). "El Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo" (Ib). "El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres principios de la criatura, sino un solo principio" (Ib a.1442).

"Uno es Dios y Padre, *de quien* proceden todas las cosas, un solo Señor, Jesucristo, *por quien* son todas las cosas, y uno el Espíritu Santo *en quien* son todas las cosas" (Conc. Constantinopolitano II).

El Padre es el origen, la causa eficiente; el Hijo es la causa quasi instrumental y el Espíritu es la causa sustentadora y vivificante de todo lo que ha sido hecho. Pero esto es una manera de hablar, pues, en realidad todo procede de los Tres como de un solo principio.

4.- QUE HABLO POR LOS PROFETAS

1. LOS HOMBRES DEL ESPÍRITU

Todos los que estaban destinados para una misión divina y ejercían una función pública, como servicio a la comunidad, estaban dotados de la gracia y del poder del Espíritu para cumplir eficazmente con su cometido.

El Espíritu habló por medio de todos estos personajes y sigue hablando por las gestas que ellos realizaron impulsados por Él.

Moisés, el gran caudillo del pueblo, el profeta por antonomasia, que hablaba con Dios cara a cara (Ex 33,11; Dt 34,10), estaba lleno del Espíritu que transmitió a los 70 ancianos que le ayudaban en la administración de la justicia (Núm. 11,17.25-26). Josué, en su calidad de dirigente también recibió el don del Espíritu y porque Moisés le impuso las manos (Dt 34,9).

Los jueces eran unas personas carismáticas que recibían el poder del Espíritu en un momento determinado y para una acción concreta; siempre para salvar a Israel de una situación de acoso y de opresión. El Espíritu del Señor vino sobre Otoniel (Jue 3 10) y sobre Jefé (Jue 11,29), se apoderó de Gedeón (Jue 6,34) y de Sansón (Jue 14,6; 15,14; 13,25) para una acción puntual, de carácter liberador, en la que siempre salen victoriosos.

Saúl estuvo también a veces en posesión del Espíritu (1 Sam 11,6) y fue arrebatado por Él (I Sam 10,5-6). David es un caso singular. Desde el día de su unción por manos de Samuel (1 Sam 16,13) el Espíritu se posesionó de él para siempre, le penetra interiormente y le transforma, de tal modo que se dice que Dios se ha buscado en él un hombre según su corazón (1 Sam 13,14). De otros reyes, incluso del Sumo Sacerdote, se dice que fueron ungidos, pero no se dice que

con la unción recibieran el Espíritu.

Del N.T., aparte de Jesús, destacamos únicamente a la Santísima Virgen, a la que la liturgia llama, con toda razón "sagrario del Espíritu Santo", y a Pablo que anunciaba el evangelio "con obras portentosas bajo la acción del Espíritu Santo" (I Tes 1,5).

2. LOS PROFETAS

El Espíritu Santo habló y sigue hablando , de una manera singular y expresa, por medio de los profetas:

"Ante todo, sabed que ninguna profecía de la Escritura es objeto de interpretación personal, pues los profetas nunca hablaron por su propia cuenta, sino que hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo" (I Pe 2,20-21).

El profeta es un hombre vacacionado, es un llamado por Dios para ejercer una misión concreta. Es la voz de Dios, habla en lugar de Dios, es su intérprete y nos da a conocer su voluntad. Es un hombre inspirado por el Espíritu Santo, al que se tiene que doblegar, un hombre sublimado, transportado a un mundo, en el que, con la experiencia inmediata de Dios, recibe la comunicación de ideas y de conceptos que debe comunicar al mundo real en el que se desenvuelve la convivencia humana. Un profeta sin experiencia divina es inconcebible. Como también lo es un profeta desencarnado, extasiado, perdido entre las nubes, sin descender con su palabra, cortante como espada de dos filos, a este mundo de abajo en que discurre la vida de todos los mortales a los que tiene que manifestar, con valentía y con firmeza, el querer de Dios.

El profeta es también el hombre del futuro; hace un análisis crítico del presente, fustiga y denuncia las injusticias sociales y la inmoralidad pública y anuncia un futuro que a veces, a corto plazo, es de desventura, pero que a largo plazo es de bienandanza y de felicidad cuando se refiere a los tiempo mesiánicos y escatológicos.

Antes de los profetas clásicos, que tienen un libro en la Biblia, que van del s. VIII al s. IV a. C. y que arrancan del profeta Oseas, están los profetas preclásicos (del s. XI al s. IX), entre los que hay que citar a Samuel, "acreditado como profeta del Señor" (1 Sam 3,20), a Elías, dotado muy cuantitativamente del Espíritu (1 Re 17,2-6; 19,9-18) que traspasó en su dos tercios a Eliseo (2 Re 2,9-15).

En los profetas clásicos, el Espíritu está unido a la Palabra de Dios. Es una palabra que irrumpe en ellos con tal fuerza que no tienen más remedio que proclamarla públicamente en nombre de Dios (Am 3,8; Jer 20,7).

Ezequiel, al que se le ha denominado "el profeta del Espíritu", dice expresamente: "El Espíritu entró en mí" (Ez 2,2); "descendió sobre mí y me dijo: Di: esto dice el Señor" (Ez 11,5). El Deuteroisaiás: "Ahora, el Señor Dios me ha enviado su Espíritu" (Is 48,16). Miqueas: "Yo estoy lleno de fuerza del poder del Espíritu del Señor" (Miq 3,8). '

La acción del Espíritu en ellos es una acción misteriosa, fuerte, subyugadora y sensible, por la que Dios se manifiesta de una manera dinámica y progresiva.

No sólo los profetas, sino también el pueblo era consciente de que el Espíritu hablaba a través de ellos: "Tú los amonestaste con tu Espíritu por medio de los profetas" (Neh 9,30). El judaísmo unía la presencia del Espíritu con los profetas, de tal modo que hasta se llegó a pensar que al desaparecer los profetas, desapareció el Espíritu. He aquí una sentencia de un rabino: "Cuando murieron Ageo, Zacarías y Malaquías, los últimos profetas, desapareció el Espíritu santo de Israel".

3. EL ESPÍRITU Y LA BIBLIA

1. EL AUTOR INSPIRADO

El Espíritu Santo habla a través de los autores humanos que escribieron las Sagradas Escrituras. La obra del Espíritu está en la Biblia y es la misma Biblia a la que bien podemos

llamar "el libro del Espíritu Santo". San Pablo dice esto a Timoteo:

"Tú, en cambio, permanece fiel en lo que has aprendido y de lo que estás convencido. Conoces bien a tus maestros. Desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, las cuales pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura, divinamente inspirada - *zeopneustos*- es útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, dispuesto a hacer siempre el bien" (2 Tim 3,13-17).

La utilidad de la sagrada Escritura debe entenderse en orden a la salvación, pues "el Espíritu Santo no quiso enseñarnos cosas que de ninguna manera fueran útiles para la salvación del hombre. Él quería hacernos cristianos, no matemáticos" (San Agustín).

Toda la Biblia y cada una de sus partes está inspirada por el Espíritu Santo, de tal modo que los autores humanos escribieron todo y sólo lo que Dios quería que escribieran:

"La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo" (DV 12). "La sacrosanta Iglesia romana profesa que es uno solo y mismo Dios autor del A. y del N.T., ya que, inspirándoles el Espíritu Santo, hablaron los santos de ambos testamentos" (Conc. de Florencia).

"La santa madre Iglesia reconoce que todos los libros del A. y del N.T., con todas sus partes, son sagrados y canónicos , en cuanto que escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido confiados a la Iglesia" (DV 11).

La Biblia es un libro esencialmente espiritual, pero lo es también social pues "nos dice lo que debemos practicar y lo que debemos evitar" (San Bernardo). Y lo que hay que hacer es amar. Por eso, la Biblia es como una carta escrita con amor, por el Amor , y para hablar de amor. Nos relata la

historia de la salvación que es una historia de amor. La Biblia es el lugar donde la Iglesia encuentra al Espíritu y se encuentra a sí misma. Por eso, tiene que estar continuamente mirándose en ella, como en el espejo en el que ve el retrato que hizo de ella el Espíritu, para constatar si su figura actual se corresponde o no con el retrato original.

2. EL LECTOR INSPIRADO

La Biblia es como una encarnación del Espíritu en la palabra escrita o como una espiritualización de esa palabra bíblica. El Espíritu habla en ella, pero para escuchar esa voz, el lector tiene que estar también inspirado por el mismo Espíritu, bajo cuya asistencia fue pronunciada y escrita por el autor humano, pues "la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita" (DV 12), y esto sólo es posible si el lector lo hace bajo la acción del Espíritu.

En la Biblia, además, encontramos sentidos espirituales "expresados por los textos bíblicos cuando se leen bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual y de la nueva vida que proviene de Él". "Lo que viene del Espíritu Santo es plenamente entendido sólo por la acción del Espíritu Santo" (Orígenes).

Al disponerse a leer la Biblia, lo primero que hay que hacer es invocar al Espíritu Santo "pues las palabras de Dios no pueden en absoluto ser penetradas sin su sabiduría; porque si alguien no ha recibido el Espíritu de Dios, no puede de ninguna manera comprender las palabras de Dios" (S. Gregorio Magno).

Los mejores lectores de la Biblia no son "los sabios y los entendidos", sino los que están llenos del Espíritu que les da a conocer las riquezas de su contenido.

La Biblia es un "puro documento místico" que se comunica a sus lectores, como alimento misterioso de la vida espiritual. San Juan de la Cruz decía esto:

"En los libros de la Escritura divina, no pudiendo el Espíritu Santo dar a entender la abundancia de sus sentidos por

términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas. De donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así lo que de ello se declara ordinariamente es lo menos que contiene en sí" (C Pról. I).

4. LA IGLESIA PROFÉTICA

La profecía es un elemento fundamental de la Iglesia. Sin profecía, la Iglesia estaría muerta. Lo carismático y lo institucional vienen a ser como el alma y el corazón del cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia. El alma informa y vivifica el cuerpo, pero para que esa vida se mantenga, el corazón no tiene que dejar de latir.

1. JESUCRISTO, EL PROFETA

Jesucristo fue ungido por el Espíritu. En su vida actuó como profeta más que como sacerdote. Actualiza la palabra de Dios (Lc 4,18), predice el futuro (Mt 23,37; Mc 13,1-2; Lc 11,40), adivina los pensamientos (Mt 12,25; Mc 2,1; Lc 9,47), anuncia su pasión y su glorificación (Jn 2,19.22), denuncia las injusticias sociales, hace una opción de clase, se pone el lado de los pobres y fustiga a los ricos insolidarios (Lc 16,19-31; 18,18-25), predica la tolerancia (Mt 13,36-43). Es proclamado como profeta por la Samaritana (Jn 4,19), por el ciego de nacimiento (Jn 9,17), por las gentes que exclamaban:

"Un gran profeta ha surgido entre nosotros" (Lc 7,16).

"Jesucristo, profeta poderoso en obras y palabras" (Lc 24,19),

"el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea" (Mt 21,11).

Le tenían por Elías, Jeremías o uno de los profetas (Mc 6,14-15), hasta le identificaron con el profeta prometido y esperado, el que tenía que venir al mundo (Jn 7,40; Dt 18,15), el profeta supremo. El mismo dijo que era profeta y que actuaba con el poder del Espíritu (Mt 13,57; Lc 13,33).

2. LOS PROFETAS DEL N.T.

En la Iglesia primitiva el profetismo tenía una presencia y una importancia muy grande. Los profetas eran, después de los apóstoles, los animadores de la vida eclesial, como una institución fundamental en la organización y en el funcionamiento de la Iglesia, tal y como lo manifiesta San Pablo:

"Jesucristo a unos constituyó apóstoles; a otros profetas; a unos evangelistas y a otros pastores y maestros" (Ef 4,11).

"Primero los apóstoles y después los que hablan en nombre de Dios (los profetas)" (1 Cor 12,28; Rom 12,6).

Los profetas son los segundos, después de los apóstoles y antes que los evangelistas, los pastores y los maestros. Los creyentes "están edificados sobre los cimientos de los apóstoles y de los profetas" (Ef 2,20). Esto no lo deben olvidar nunca los pastores y los doctores o maestros con el fin de que sepan dar la preferencia en la Iglesia a los profetas y no se pongan ellos por delante, para que no caigan en lo que tantas veces se ha caído y se sigue cayendo, en lo que F. Lambiasi llama los tres pecados contra el Espíritu Santo:

1º) El *Triunfalismo*, al identificar a la Iglesia con el reino de Dios y cuando la comunidad de "practicantes" se considera una comunidad de santos frente al mundo pecador que la rodea.

2º) El *clericalismo*, donde los pastores se sienten los protagonistas de la salvación y no escuchan, y si escuchan no tienen en cuenta, las voces del pueblo de Dios que suelen ser las voces del Espíritu.

3º) El *juridicismo* que exalta tanto la institución, la jerarquía eclesiástica, que deja en la sombra la acción del Espíritu.

Si, por una parte, el elemento carismático está sometido al institucional, por otra, el elemento institucional, lo jerárquico, está supeditado al carismático, pues en la Iglesia los que gobiernan están para servir y no para ser servidos, como San Pablo que podría decir a los corintios: "Me he puesto al

servicio de todos" (1 Cor 9, 19).

En la Iglesia de Jerusalén había profetas (He 11,27) y los había en la de Antioquía (He 13,1). A varios se les cita por su nombre, entre los que merecen ser citados el profeta Agabo (He 11,28; 21,11) y las profetisas hijas de Felipe el evangelista (He 21,13), Judas y Silas (He 15, 32).

El profeta tiene también la misión de garantizar a los creyentes la ortodoxia de la doctrina enseñada por los apóstoles (1 Cor 14,37), así como la de "ayudar, animar y consolar" a los hombres (1 Cor 14,31), es decir, la de infundirles confianza en el Señor.

3. LOS PROFETAS DE HOY

Hablamos de los profetas del A. y del N.T., en los que actuaba el Espíritu, pero el Espíritu no está clausurado en la Sagrada Escritura, como si ya no hubiera posibilidad de nuevos profetas.

Jesucristo nos envió el Espíritu Santo para que estuviera con nosotros (Jn 14,16). Joel anuncia un pueblo profético (Jl 3,1-2). Todos los cristianos pueden ser profetas, pues en todos mora el Espíritu que está vivo en su Iglesia y hace que la Iglesia esté viva, pues es su alma.

Los profetas ejercen una misión necesaria en la edificación, en la conservación y en el crecimiento de la Iglesia. Sin Espíritu y sin profecía, la Iglesia no crece, se paraliza encerrada en el marco puramente institucional. La profecía debe estar siempre presente: "No apaguéis el Espíritu; no despreciéis la profecía" (1 Tes 5,19 20).

Donde habla el Espíritu, allí hay un profeta. Y el Espíritu no ha dejado de hablar y de suscitar profetas. En unos tiempos más que en otros, pero siempre los ha habido, los hubo en los tiempos bíblicos, y los sigue habiendo hoy. Ellos están constantemente recordando y actualizando el mensaje evangélico, manteniendo viva la esperanza en un futuro feliz y glorioso y descubriendo los signos de los tiempos, diferentes y nuevos en cada momento.

Entre los profetas de otrora podemos citar a San Francisco

de Asís, a Santa Catalina de Siena, a Santo Domingo de Guzmán, a San Ignacio, a Santa Teresa de Jesús y a San Juan Bosco. Y entre los profetas de hoy a Juan XXIII, a Ghandi, a Lutero King, a Oscar Romero y a Ignacio Ellacuría, por hablar sólo de los que ya a se han ido.

Junto a los verdaderos profetas siempre hubo y siempre hay falsos profetas. El criterio último de discernimiento es el amor. El verdadero profeta está suscitado por el Amor, para producir amor, para hacer avanzar al mundo en el amor a Dios y en el amor al prójimo.

5.- CREO EN LA IGLESIA QUE ES UNA , SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA

1. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

En Pentecostés, que en un principio era la fiesta de la siega, se hacía la renovación de la Alianza, de la Ley. El pentecostés cristiano supuso las siguientes realidades:

- La ley mosaica es suplantada por la ley del Espíritu, la ley del amor.

- El Espíritu, alma de la Iglesia, informa y une a todos los miembros de la misma:

"Lo que nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, es para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Jesucristo, para el cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (San Agustín)

- El Espíritu es el "cofundador" de la Iglesia juntamente con Jesucristo:

"Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos (Rom 6,9), envió sobre sus discípulos el Espíritu vivificador y por Él hizo a su cuerpo que es la Iglesia" (LG 48)

La Iglesia nace de dos envíos: "Dios envió a su Hijo" (Gal 4,4), "Dios envió a nuestros corazones al Espíritu" (Gal 4,6).

El Hijo y el Espíritu Santo, decía San Ireneo, son las dos manos de Dios.

"La Iglesia está conducida por el Espíritu Santo" (GS 3), que es su protagonista (1 Cor 12,11-13; Ef 2,22; 4,4): "Allí donde esté la Iglesia está el Espíritu de Dios; y allí donde esté el Espíritu de Dios, está la Iglesia" (San Ireneo).

La Iglesia es una continua manifestación, un sacramento del Espíritu, un constante pentecostés.

- Al tiempo postpentecostal se le llama indistintamente el tiempo de la Iglesia y el tiempo del Espíritu Santo. Ambos son tan interdependientes y están tan interrelacionados que el Espíritu sin la Iglesia no tiene espacio para ejercer su poder y la Iglesia sin el Espíritu sería un cuerpo muerto. Se unieron en Pentecostés para comenzar el nuevo y último tiempo de la historia:

"El Espíritu Santo con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra" (GS 26).

- El Espíritu es la fuerza, con que cuenta la Iglesia para hacer de los hombres unas nuevas criaturas desarraigadas de los bienes terrenales y orientados hacia lo espiritual, hacia Dios.

- El Espíritu está presente en el credo no sólo en lo que se refiere a él directamente, sino en lo que se refiere a la Iglesia. Por esta razón, todo lo que se refiere a la Iglesia se pone a continuación de lo referido al Espíritu, que realiza la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia:

"Cristo, por el Espíritu, da a la Iglesia ser una, santa, católica y apostólica. Él es también quien la llama a ejercitar cada una de estas cualidades" (CIC 811).

Las cuatro notas de la Iglesia son interdependientes y se contienen las unas a las otras:

"La unidad de la Iglesia es apostólica, santa y católica. Su catolicidad es santa, una y apostólica; su apostolicidad es una, santa y católica; su santidad es apostólica, católica y envuelve su unidad (J.I. Congar).

2. LA IGLESIA ES UNA

Pentecostés es el antibabel. Babel simboliza la desunión, la separación, y Pentecostés, la unidad y la unión. El cuerpo de Jesucristo es uno y en él todos sus miembros están unidos. Esta unión está garantizada por el espíritu Santo,

"principio de la unidad de la Iglesia" (UR 2).

El Espíritu hace una unidad de multitudes hace que cada miembro se sienta parte inseparable de un todo orgánico, de un pueblo indiviso.

Una buena definición de la unidad de la Iglesia es esta del Conc. Vat. II:

"La Iglesia santa y católica consta de fieles que se unen orgánicamente en el Espíritu Santo por la misma fe, los mismos sacramentos y el mismo gobierno" (OE 2).

La Iglesia es una porque uno es su fundador y porque el Espíritu Santo construye sin cesar la comunión de los fieles:

"El espíritu Santo, que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el principio de la unidad de la Iglesia" (UR 2).

El Espíritu, alma de la Iglesia, está, como principio de vida y de unidad, en el conjunto de la totalidad y en las individualidades:

"A este Espíritu de Cristo, como a principio indivisible, ha de atribuirse el que todas las partes del cuerpo estén íntimamente unidas entre sí, como con su excelsa cabeza, puesto que está todo él en la cabeza, todo en el cuerpo, todo en cada uno de los miembros" (Myst. Corp. Christi)

El Espíritu es también el principio dinámico de unión y de interrelación en "la comunión de los santos", los de la tierra, los del purgatorio y los de la gloria, pues lo penetra y lo trasciende todo, es un don temporal y un don escatológico.

"Todos hemos sido bautizados en el mismo Espíritu" (1 Cor 12.13). La Iglesia no es una multitud de personas yuxtapuestas, sino una comunión, una fraternidad de personas unidas; no es un montón de materiales, sino un edificio construido, perfectamente ensamblado y cohesionado.

El Espíritu mantenía la unidad y la solidaridad en la

primitiva Iglesia , de manera visible:

"Eran constantes en la unión fraterna, en partir el pan y en las fracciones" (He 2,42). "Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma... tenían en común todas las cosas" (He 4,32).

El día de Pentecostés el Espíritu los encontró a todos reunidos y orando en el mismo lugar. Para que el Espíritu venga, hay que estar unidos, y viene para reforzar la unión. Si la unión se rompe, el Espíritu se ausenta, pues es el "espíritu de la unidad" (Cf. LG 13), el lazo de unión de Dios y de Jesucristo con los hombres y de los hombres con Dios y con los demás hombres. Así lo expresa San Pablo: "La gracia de Jesucristo, el Señor el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros" (2 Cor 13,13). Para que la unidad sea una constante en la Iglesia, hay que vivir en paz: "Guardad la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef, 4,3).

Las rivalidades, los enfrentamientos, las discordias, no tienen sentido. Jesucristo, dijo estas dos cosas: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Jn 14,27). "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros" (Jn 17,21). Tiene que haber paz y así habrá unión y unidad. Esta unidad tiene como ideal la unidad de la Trinidad Augusta. Es lo que pedimos para la Iglesia en la Santa Misa: "Concédele 1a paz y la unidad". El desgarramiento de la Iglesia, cada pedazo que se escinde de ella, abre una herida que sólo la puede curar el Espíritu Santo. La dispersión en pequeños rebaños es un atentado directo a Jesucristo que quiere que haya un solo rebaño bajo un solo pastor (Jn 10,16). Conseguir esta unidad es obra del Espíritu que suscita en los creyentes el deseo de estar pacíficamente unidos (LG 15). Sólo él mantiene siempre viva, en el corazón de los cristianos, la llama del ecumenismo, como algo esencial en la vida de la Iglesia , que debe preocupar tanto a los fieles como a los pastores (UR 5).

El principio de unidad y de igualdad está garantizado por el

Espíritu: "Todos hemos sido bautizados en el mismo Espíritu" (1 Cor, 12-13). Todos, por tanto, debemos estar unidos en la igualdad.

En la Iglesia nadie es superior a nadie, todos tenemos la misma vida, la misma dignidad, la de ser hijos de Dios; y ante esta suprema dignidad, las demás "dignidades" de la Iglesia son puras vanidades.

En la Iglesia hay también diversidad y de esta diversidad es igualmente responsable el Espíritu Santo: "Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo" (1 Cor 2,7). Tan importante como la unidad, es la diversidad. No hay un patrón único de ser cristiano. Todos somos uno, pero todos somos diversos, como diversos son los dones del Espíritu. Cada uno tiene su propio carisma, pero todos los carismas se dan para beneficio de la comunidad (Ef 4,7). Cada cristiano tiene su propio papel y todos estos papeles son igualmente importantes, tanto los papeles de los de arriba, como los papeles de los de abajo; los de arriba no deben poner diques al Espíritu, al contrario, deben abrir cauces por donde discurran las corrientes de agua viva que emanan de Él y que surgen por doquier en la comunidad de creyentes. El Espíritu une, pero no amontona; distingue, pero no separa: "El Espíritu, único e indivisible, lleva por si mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí" (San Cirilo de Alejandría). El Espíritu unifica y diversifica: "Este es el misterio sagrado de la unidad de la Iglesia en Cristo y por Cristo obrando el Espíritu la variedad de las funciones" (UR 2).

La unidad de la Iglesia está garantizada y realizada por siete elementos: "Un solo cuerpo, un solo Espíritu, una misma esperanza, un solo Señor, una misma fe, un solo bautismo y un único Dios que es padre de todos y que habita en todos" (Ef 4,4-6)

3. LA IGLESIA ES SANTA

El Espíritu es "santo" porque procede de Dios y es Dios. Es el "Espíritu de la santidad" (Rom 1,4), porque confiere la santidad. "La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de

santificarnos" (CIC 1987). Nos conduce a Dios y nos diviniza. He aquí una hermosa, aunque un tanto larga, síntesis de la obra del Espíritu Santo como santificador de la Iglesia:

"Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Jesucristo en su mismo Espíritu (Ef 2,18). El es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (Rom 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (I Cor 3,16; 6,19) y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (Gal 4,6; Rom 8,15-16.26). Guía la Iglesia a toda la verdad (Jn 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Gal 5,22). Con la fuerza del evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen a Jesús, el Señor: ¡ven! (Ap 22,17) y así toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

La Iglesia es santa por su origen, es decir, por sus fundadores que son santos: Jesucristo y el Espíritu Santo. Por su finalidad: la de santificar. Por sus medios: la Sagrada Escritura y los Sacramentos, verdaderos instrumentos de santidad para todos los cristianos, pues todos están igualmente llamados a la santidad:

"El Espíritu Santo santifica y dirige al pueblo de Dios, mediante los sacramentos" (LG 12). La Iglesia es santa, porque ha sido lavada con la sangre del Cordero (Heb 13,12). Todos los cristianos han sido lavados, consagrados y justificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (1 Cor 6,11). Por eso, a los cristianos los llamaban "los santos" (He 9,13).

La Iglesia es santa, porque es la Esposa de Jesucristo y

Jesucristo "la amó tanto que se entregó él mismo por ella para santificarla... para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino santa, perfecta" (Ef 5,25-27). La Iglesia es santa porque es el templo de Dios, un "templo santo" (Cor 3,17), un edificio construido por todos los cristianos en el Espíritu (Ef 2,18-22).

Todos los miembros de la Iglesia, son "santos" (1 Cor 1,2), tienen vocación de santidad y están obligados a conseguirla (1 Tes 4,7-8). El mayor fracaso del cristiano es no alcanzar la santidad: "La Iglesia tiene que ser el pueblo santo de Dios" (LG 12):

"En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía, que los apacentados por ella están llamados a la santidad... Esta santidad se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracias que el Espíritu produce en los fieles" (LG 39).

La Iglesia es santa y al mismo tiempo pecadora, es "ex maculis immaculata", immaculada, pero integrada de "maculados", de pecadores. Y es pecadora porque "entristece" al Espíritu (Ef 4,30), porque "apaga" el Espíritu (1 Tes 5,19) y porque "resiste" al Espíritu (He 7,59). Y un cristiano no puede ni entristecer, ni apagar, ni resistir al Espíritu, sino alegrarle con una vida santa, avivarle con el fuego de la caridad y dejarse llevar por su impulso, dejarse transformar en la imagen de Dios bajo su acción santificadora.

El Espíritu invade toda la existencia cristiana. A Él se debe la justificación, la salud (1 Cor 6,11), la vida espiritual:

"La catequesis de la vida nueva en él (Rom 6,4) será una catequesis del Espíritu Santo, maestro interior de la vida según Jesucristo, dulce huésped del alma que inspira conduce, rectifica y fortalece esta vida" (CIC 1697).

Es evidente que hace falta una catequesis en torno al Espíritu Santo que sigue siendo el gran ignorado. Y la catequesis debe centrarse en aprender de memoria y explicar en profundidad el Padre Nuestro, el Credo, los sacramentos y

los mandamientos que culminan en el mandamiento nuevo. Y desde ahí, y teniendo como base la Sagrada Escritura, iluminar las realidades humanas:

"La Escritura debe ser el alimento y la fuerza de toda la enseñanza cristiana, para lo cual no basta con citar algún texto bíblico a propósito de un punto determinado que quiera desarrollarse. Confundir la pastoral con unos datos de experiencia, la catequesis con unos principios pedagógicos y la instrucción cristiana con una reglamentación legalista, justificando todo ello con algunos textos de la Escritura equivale a confundir a Jesucristo con un rabino cualquiera. Equivaldría a confundir la palabra de Dios con las palabras humanas" (F. F. Ramos).

Creo que es un grave error de la catequesis limitarse a considerar de un hecho de la vida para hacer unas reflexiones superficiales de carácter puramente moral y quedarse ahí, o, a lo sumo, ilustrar la explicación con alguna referencia a la Biblia o al Magisterio de la Iglesia. Primero hay que conocer, con la mayor profundidad posible, la doctrina bíblica y teológica y desde ahí hacer un análisis crítico de la situación social, de la moral pública, y del hecho de vida. Sin tener los suficientes conocimientos doctrinales, tanto en el que catequiza, como en el catequizando, la catequesis puede servir de entretenimiento y poco más, pues lo que en ella se dice cae en el vacío.

4. LA IGLESIA ES CATÓLICA

Jesucristo es la luz y el Señor del mundo (Jn 8,12;12,32) y esa luz y ese señorío deben iluminar y gobernar el mundo entero. Eso es lo que significa la catolicidad: que Jesucristo "sea todo en todos" (Col 3,11). Desde su nacimiento en Pentecostés la Iglesia se manifiesta como católica, como universal, pues cada pueblo del universo mundo expresaba las maravillas del Señor en su propia lengua.

La Iglesia tiene vocación misionera: "Id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura" (Mc 16,15; Mt 28,19). "La Iglesia peregrinante, es por su propia naturaleza,

misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre (AG 2)

La misión consiste en hacer de todos los pueblos, un solo pueblo, el pueblo de Dios, uno y único que ha de extenderse por todo el mundo a través de los siglos (LG 13). El motor principal de la evangelización es el Espíritu, "el protagonista de toda la misión de la Iglesia" (RM 21).

"Nuestro mensaje evangélico no os fue transmitido únicamente con palabras, sino también con obras portentosas bajo la acción del Espíritu Santo" (1 Tes 1,5).

El Espíritu es la fuerza que actúa en el mundo y en el interior de cada persona para llevar a cabo el crecimiento y la expansión de la Iglesia (AG 4).

La catolicidad rompe el muro de separación de los dos pueblos, el judío y lo paganos (Ef 2,14)

"Hermanos, vosotros sabéis que hace mucho tiempo Dios me eligió entre vosotros para que los paganos oyesen de mis labios la palabra del Señor y abrazaran la fe. Y Dios, conecedor de los corazones, dio testimonio en su favor, dándoles el Espíritu igual que a vosotros; y no ha hecho diferencia alguna entre ellos y nosotros" (He 15,7-8; 10,44-48).

Las comunidades cristianas están "formadas a imagen de la Iglesia universal. En ellas y a partir de ellas, existe la Iglesia católica, una y única" (GL 3). "La Iglesia es católica porque en todas las iglesias locales está presente Jesucristo y "allí donde está Jesucristo, está la Iglesia católica" (San Ignacio de Antioquía).

Decir que la Iglesia es una significa "la unidad en la totalidad", y decir que la Iglesia es católica significa "la totalidad en la unidad" "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

La rotura de la unidad, la desunión de los cristianos, es "un obstáculo para que la Iglesia lleve a cabo la plenitud de la catolicidad que le es propia" (UR 41)

5. LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

Que la iglesia es apostólica significa varias cosas:

1ª) Que la Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles (Ef 2,20). Igual que los doce patriarcas fueron el germen de Israel, los doce apóstoles lo fueron del "nuevo Israel" que es la Iglesia, hasta el punto que, de alguna manera, ellos fueron los padres de la Iglesia y serán los doce jueces escatológicos que presidirán el juicio final.

2ª) Que la Iglesia de hoy es la misma que la de los apóstoles, pues con la asistencia del Espíritu Santo, se guarda y se transmite fielmente el depósito de la revelación que emana de los apóstoles:

"Ten como norma, en la fe y en el amor a Jesucristo, las palabras saludables que has recibido de mí, guarda esa hermosa tradición con la fuerza del Espíritu Santo que habita en nosotros" (2 Tim 1,13-14).

La Iglesia actual sigue siendo fiel a los orígenes apostólicos y lo seguirá siendo hasta el final, algo que está avalado por la constante presencia de Jesucristo y del Espíritu Santo en ella (Mt 28,14-20; Jn 14,17). El Espíritu, como garante de la apostolicidad, aparece en varios textos (Jn 15,26-27; Lc 24,48-49; He 1,8). Los apóstoles proclamaban el kerigma bajo la acción del Espíritu (1 Pe 1,22) y su ministerio es el "ministerio del Espíritu" (Cf Cor 3,4-18).

3ª) Que la Iglesia está enseñada, dirigida, animada y gestionada por los apóstoles que tenían la misión, encomendada por Jesucristo, de ponerla en marcha y llevarla a buen puerto (Jn 17,18; 20,21); que tanto los apóstoles, como sus sucesores, "están puestos por el Espíritu Santo para ser pastores de la Iglesia de Dios" (LG 20).

4ª) Que toda la Iglesia, con todos sus miembros, es apostólica:

"La vocación cristiana es, por su propia naturaleza, vocación de apostolado" (AA 2). "El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad que el Espíritu Santo difunde en todos los hijos de la Iglesia" (AA 3).

La Iglesia somos todos y la llevamos adelante todos. La conciencia en los laicos de la propia responsabilidad en el apostolado es hoy bien clara. Y esa responsabilidad debe ser impulsada en los órganos de gobierno, en los que deben participar con voz y voto decisorio y no únicamente consultivo. Juan Pablo II habla de "una más atenta escucha de la voz del Espíritu a través de la acogida de los carismas y la promoción del laicado" (TMA 46).

La Iglesia jerárquica está obligada a escuchar y discernir con humildad y sabiduría las voces del Espíritu que no deja de sonar en la comunidad de creyentes y a la que tiene obligación de obedecer. De este modo, los jefes, sucesores de los apóstoles, puestos por el Espíritu Santo para apacentar la grey, para gobernar y mandar, son indirectamente mandados por aquellos en quienes directamente mandan. Y así en la Iglesia todos mandan y todos son mandados. Y por encima de todos está el único que manda en todos y al que todos han de obedecer: el Espíritu Santo.

6. EL EVANGELIO DEL ESPÍRITU SANTO

El libro de los Hechos de los Apóstoles es la historia de la Iglesia primitiva que nace y que se hace por la fuerza del Espíritu Santo. Por eso se le ha llamado "el evangelio del Espíritu Santo", protagonista y alma del libro, presente en todas sus páginas en las que se hace 54 veces referencia expresa a Él.

1. A LA ESPERA DEL ESPÍRITU SANTO: 1,1-26

Jesucristo dice a los apóstoles, a los que había elegido "por inspiración del Espíritu Santo" (1,2), que no salgan de

Jerusalén hasta que el Padre cumpla su promesa y sean bautizados en el Espíritu Santo (1,45), que descenderá sobre ellos, les dará la valentía y el vigor para poner en marcha la magna empresa de Jesús y ser sus testigos en Judea, en Samaría y en el mundo entero.

Como preparación para recibir el Espíritu, los apóstoles restauran el número de los doce y eligen a Matías en el lugar de Judas, el cual había terminado sus días tal y como lo había anunciado el Espíritu Santo por boca de David (1,16). Y así, todos reunidos y en constante oración permanecieron en Jerusalén esperando el Espíritu.

2. LA IGLESIA EN JERUSALÉN: 2,1-7.60

El Espíritu llega cuando están todos reunidos en el mismo lugar. Jesucristo glorificado tiene ya el mismo poder que el Padre para enviar el Espíritu Santo. El día de Pentecostés la Iglesia comienza su andadura de manos del Espíritu Santo (2,1-41). Con su fuerza los apóstoles comienzan su tarea evangelizadora. Pedro hace el primer anuncio del bautismo para obtener el perdón de los pecados y recibir el Espíritu Santo (2,38)

La vida de la comunidad jerosolimitana, la Iglesia madre, se presenta como ideal de todas las iglesias. Todo lo tenían en común y se repartía a cada uno según sus necesidades (4,34-35). Lo hacían de una manera voluntaria, pero si se hacía, había que hacerlo de verdad y sin fingimiento alguno. Ananías y su mujer fueron fulminados con la muerte por haber mentado y tentar al Espíritu Santo al quedarse con parte del dinero (5,1-11). Todos perseveraban en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones (2,42). La oración les llenaba del Espíritu Santo (4,31).

Pedro explica la razón de su apostolado y anuncia el kerigma (4,8-12) lleno del Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen es testigo, con los apóstoles, de la muerte, de la resurrección y de la exaltación gloriosa de Jesucristo (5,32)

La Iglesia crea los primeros ministerios, los diáconos.

Entre los siete diáconos, elegidos democráticamente entre hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría (6,3), destaca Esteban, el primer mártir cristiano que predica la palabra de Jesucristo con tal fuerza que no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba (6,16). En su discurso ante el Sanedrín hace una apología que tiene como tema "Jesucristo cumplimiento del A.T."; en él hace una rápida descripción de la historia salvífica para concluir con un triste resumen de los pecados de Israel que "ha ido siempre contra el Espíritu Santo" (7,51). Instantes antes de morir, la luz del Espíritu iluminó sus ojos para que viera los cielos abiertos y al Hijo del hombre a la diestra de Dios (7,55)

3. LA IGLESIA EN PALESTINA 8.1-11,18

Pedro y Juan fueron a visitar a los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. Los imponían las manos y lo recibían (8, 15-17). Los samaritanos habían sido evangelizados por el diácono Felipe, pero guardaban cierta separación con la Iglesia madre de Jerusalén, y sólo cuando establecen la comunión con ella reciben el Espíritu. Si se pierde la conexión con los orígenes, no hay Espíritu.

Simón quiere comprar a los apóstoles el poder de imponer las manos y administrar el Espíritu Santo, el llamado "pecado de simonía"(8,18-19).

El Espíritu revela a Felipe que salga al encuentro del eunuco ministro de Candaces para bautizarle (8,29).

En el pentecostés pagano, ocurrido en casa del centurión Cornelio, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban la palabra de Pedro (10,44-45), que los bautizó, porque así se lo había ordenado el Espíritu Santo (11,1-12), que no hace distinción de personas y de pueblos, actúa igual en los judíos que en los paganos.

4. LA IGLESIA EN ANTIOQUÍA: 11,19-13,52

En Antioquía, donde por primera vez se llamó "cristianos" a los discípulos (11,26) había una Iglesia muy pujante.

Bernabé, "un hombre bueno y lleno del Espíritu Santo" (11,24) fue a Antioquía como embajador de la Iglesia de Jerusalén (11,22). Al llegar, fue en busca de Pablo, el cual había quedado lleno del Espíritu Santo desde su conversión (9,17) y se lo llevó a Antioquía. Allí predicaron con gran éxito a las muchedumbres, y un día, mientras estaban celebrando el culto del Señor sintieron la llamada del Espíritu para evangelizar a los paganos (13,2). Con esta misión, fueron a Chipre, Antioquía de Psidia, Listra y Derbe. Estaban todos llenos del Espíritu Santo (13,9) y lo irradiaban de tal manera que todos sus discípulos quedaban llenos de Él (13,52).

5. EL CONCILIO DE JERUSALÉN: 15,1-35

Surgen en la Iglesia los primeros problemas a propósito de la necesidad o no de cumplir la ley mosaica y si hay que imponer o no a los paganos convertidos al cristianismo la circuncisión. El llamado concilio de Jerusalén afronta el problema. Están presentes Pablo y Bernabé llegados expresamente para eso como apóstoles del paganismo, los demás apóstoles encabezados por Pedro y Santiago, los presbíteros y el pueblo cristiano.

Pedro habla y recuerda el caso del centurión Cornelio, cuando el Espíritu bajó sobre los paganos igual que había bajado antes sobre los apóstoles. No hay, por tanto que echar a los paganos unas cargas inútiles que ni ellos mismos habían cumplido. Además, la salvación no viene por la ley, sino por la gracia del Espíritu. Santiago, como jefe de la iglesia de Jerusalén, habla en nombre del grupo hebreo y se adhiere plenamente a lo dicho por Pedro. El decreto conciliar dice textualmente: "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido..." (15,28), palabras que expresan la firme creencia de la Iglesia primitiva en estar asistida por el Espíritu Santo.

6. LA IGLESIA EN EL MUNDO GRIEGO: 15,36-21,26

La obra misionera de Pablo en el mundo griego está impulsada y dirigida por el Espíritu Santo (16,6-10). En Éfeso,

donde doce cristianos ni siquiera habían oído hablar de Él, imparte el bautismo en el nombre de Jesús, el Señor, y recibieron el Espíritu Santo. Todas las Iglesias que funda permanecen unidas en el Espíritu Santo que ha constituido guardianes a los presbíteros para que cuiden del rebaño que les ha sido confiados (20,28).

De vuelta a Jerusalén, en Cesarea el profeta Agabo, en nombre del Espíritu, le anuncia las prisiones que le esperan (21,11), de lo que Pablo era bien consciente, pero era justamente el Espíritu el que le empujaba hacia Jerusalén para culminar su obra:

"Ahora voy a Jerusalén forzado por el Espíritu, sin saber lo que allí me va a suceder; únicamente sé que el Espíritu Santo me asegura en todas las ciudades que me esperan prisiones y sufrimientos" (20,22-23).

Está muy claro que el libro de los Hechos nos dice que hemos entrado en la era del Espíritu Santo, principio fecundante de vida, fuerza espiritual de los cristianos. Nos describe cómo la barca de la Iglesia ve hinchadas sus velas por el soplido del Espíritu, para dirigirse, rauda y segura, a los puertos de todos los mares. Es la hermosa aventura de llevar el mensaje de salvación a todos los pueblos de la tierra.

6. DONES, FRUTOS Y CARISMAS DEL ESPÍRITU SANTO

1. DONES

"Sobre él reposará el Espíritu del Señor,
Espíritu de sabiduría y de entendimiento,
Espíritu de consejo y de fortaleza,
Espíritu de conocimiento y de temor del Señor" (Is 11,2).

En el texto hebreo (TM, sólo hay estos seis dones, tres binarios; la fuente de donde emanan es el Espíritu del Señor". La versión griega de los LXX tiene siete, añade el don de piedad. Los Padres griegos siguen a los LXX y entre los Padres latinos, que también la siguen, cabe destacar a S. Ambrosio y a S. Agustín.

Cuatro dones afectan a la mente: sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo; tres a la voluntad: fortaleza, piedad y temor del Señor.

"Los dones son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo" (CIC 1803). Santo Tomás afirma que para adquirir la perfección no bastan las virtudes teologales, se necesitan también los dones.

1. SABIDURÍA

El don de sabiduría, que da a conocer la voluntad de Dios, es el más alto y de alguna manera los abarca a todos, pues contiene todos los conocimientos sobrenaturales que el hombre posee:

"En la sabiduría hay un Espíritu inteligente, santo, único, multiforme, sutil, penetrante, incontaminado, diáfano, impenetrable, amante de lo bueno, agudo, incoercible, benéfico,

amante de los hombres, estable, firme, sin preocupación, todopoderoso, que todo lo vigila y penetra en todos los espíritus, inteligentes, puros y sutiles"(Sab 7.23).

La sabiduría es un conocimiento que nace del amor y conduce al amor. El conocimiento del corazón es más profundo que el de la mente. El que tiene este don, fruto de la contemplación más alta, ve con los ojos de Dios, todo lo ve a lo divino y ama a todo y a todos también a lo divino.

El alma ha sido transformada de tal modo en el Espíritu Santo que "la voluntad de él y la de ella ya sola es una voluntad" (San Juan de la Cruz, LI 2,34). "A la manera que dos ríos confluyen y se entremezclan y el más pequeño pierde su propio nombre y asume el del más grande, también actúa así este divino Espíritu al venir al alma y hacerse una sola cosa con ella. Pero, para ello, es necesario que el alma, que es la más pequeña, pierda su nombre, dejándolo al Espíritu; esto lo conseguirá si se transforma en el Espíritu hasta hacerse una sola cosa con Él" (Santa María Magdalena de Pazzi).

2. ENTENDIMIENTO

Este don nos capacita "para conocer al Verdadero" (1 Jn 5,20), "el designio misterioso de su voluntad" (Ef 1,8; Col 1,9), nos adentra en el misterio de Dios, nos da a penetrar, más por intuición que por discurso, en las profundidades de los misterios divinos. Nos hace conocer a Dios con su propio conocimiento, nos enseña a distinguir lo verdadero de lo falso en el orden sobrenatural.

"El Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades divinas... Hemos recibido el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que gratuitamente nos ha dado Dios" (1 Cor 2,10-12).

3. CIENCIA

El libro de la Sabiduría llama a este don "la ciencia de los santos" (Sab 10,10), "la ciencia del Santísimo" (Prov 30,3), la ciencia profunda que confiere el Espíritu Santo (1 Cor 12,8), y que es producto del amor (Flp 1,9). Este don nos hace descubrir a Dios en las criaturas que están llenas de él:

"Mil gracias derramando
pasó por estos valles con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura" (San Juan de la Cruz)

4. CONSEJO

Hay momentos en los que el hombre no sabe qué hacer, y en los que la prudencia es una buena consejera. Pero por encima de esta virtud, en el orden sobrenatural, el don de consejo capacita al hombre para actuar con rapidez y con acierto. El consejo es cosa de la sabiduría (Prov 8,14) ; el que escucha sus consejos es un sabio (Prov 8,33). El Mesías será "consejero admirable" (Is 9,5). El que sigue su enseñanza, no se equivoca nunca.

5. FORTALEZA

La vida es una lucha constante (Job 7,1). La inclinación al mal es connatural a la naturaleza humana. El hombre se mueve en una continua tentación. El Espíritu viene en su ayuda con el don de fortaleza, para superar las dificultades y salir airoso en las tentaciones. Con el poder del Espíritu todo se supera: "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (Flp 4,3). A San Pablo nunca le faltó esa fuerza (2 Tim 4,17). La robustez de la fe se debe a la fuerza del Espíritu (Ef 3,16). Los grandes héroes de Israel, lo fueron por la fuerza del Señor" (Heb 11,34)

6. PIEDAD

El Espíritu es el principio auténtico y necesario de la piedad (Sal 5,12-14). El hombre y la mujer se han hecho para amar y para ser amados, para amar a Dios y al prójimo y, para ser amados por ellos. La piedad inspira la devoción y la adoración a Dios, el cariño entrañable a los padres y el amor misericordioso a los demás, a imitación de Dios que "está lleno de piedad... y es misericordioso y compasivo" (Sal 86,5.15). La piedad hace que nuestras relaciones con Dios y con los hombres sean las correctas: "Tú, hombre de Dios, practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la amabilidad" (I Tim 6,11).

7. TEMOR DEL SEÑOR

Se trata de un temor filial, un temor a separarse del Padre, de quien se ha recibido todo y a quien se ama de todo corazón. Es un temor que tiene mucho que ver con el amor. El que ama quiere estar siempre con la persona amada y tiene miedo a la separación, al distanciamiento. Es también un temor obediencial y reverencial. El Espíritu Santo nos infunde el don de temor, el respeto filial, la obediencia, nos afianza en el amor perfecto, en el que ya no cabe el temor (1 Jn 4,18).

San Juan de la Cruz dice que en la vida espiritual hay "siete grados de amor, los cuales se vienen a tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección" (C 26,3)

Santo Tomás relaciona así los dones con las virtudes teologales y cardinales y las bienaventuranzas:

- 1.- Don de sabiduría: Caridad, 1ª bienaventuranza: los pacíficos
- 2: Entendimiento: Fe: 6ª bienaventuranza: los limpios de corazón
- 3: Ciencia: Esperanza: 3ª bienaventuranza: los que lloran
4. Consejo: Prudencia: 5ª bienaventuranza: los misericordiosos
5. Piedad : Justicia: 2ª bienaventuranza: los mansos

6. Fortaleza: Fortaleza: 4ª bienaventuranza: los que tienen hambre y sed de justicia.

7. Temor del Señor: templanza: 1ª bienaventuranza: los pobres.

2. FRUTOS

"Los frutos del Espíritu Santo son: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, continencia"(Gal 5,22).

Esta es la lista clásica de frutos del Espíritu. En las cartas paulinas encontramos otras listas: Ef 5,1,9 (tres frutos), 1 Tim 6,11 (6); Rom 14,17 (3), 2 Cor 6,6-7 (8).

"Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna" (CIC 1831).

1. AMOR

El amor es el centro de la vida, la clave de nuestras obras, la fuente de nuestras miserias y de nuestras grandezas. "No es lo que entra por la boca lo que mancha el alma, sino lo que sale del corazón" (Mt 15.19). Todo se resume en amar a Dios y al Próximo. Un cristiano cree en el amor, se ha entregado a él (1 Jn 4 16). "El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom 5,5). La señal del cristiano es el amor (Jn 13,34-35). Pero un amor práctico, pues sin este amor no hay amor a Dios (1 Jn 3, 17-18). Y sin amor a Dios, no hay Espíritu.

2. ALEGRÍA

La alegría es hija del amor. Sin amor no es posible conseguir gozo alguno y con amor la vida es una fiesta, "la fiesta del Espíritu Santo", donde no falta de nada y donde todo es alegría, deleite de amor, bebida del Espíritu. El cristiano es

una "persona alegre con un gozo inenarrable y radiante" (1 Pe 1,8). La tristeza no tiene cabida en él, pues, si llega, enseguida se convierte en alegría (Jn 16,20), una alegría que nada ni nadie le puede arrebatarse (Jn 16,22), un gozo cumplido (Jn 17,13). Y esto es perfectamente compatible con el sufrimiento: "Me siento lleno de ánimos y reboso de alegría en medio de todas mis penalidades" "El reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14,17; 1 Tes 1,6).

3. PAZ

"Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno" (Jn 15,11). Pero este gozo no puede ser pleno, si no hay paz en el alma y en el cuerpo, paz material y paz espiritual, paz con uno mismo y paz con los demás. Jesucristo nos dejó el legado de la paz (Jn 14,27), como resumen de todos los bienes mesiánicos, la última meta del reino de Dios. "Dios nos ha llamado a vivir en paz" (Rom 10,15). "Pensar en el Espíritu es vida y paz" (Rom 8,6). La unidad en el Espíritu sólo se puede conseguir con el vínculo de la paz (Ef 4,3). Amor, alegría y paz son interdependientes.

4. PACIENCIA

Vivimos en un mundo lleno de maldades. El sufrimiento y el dolor son compañeros inseparables del hombre. Los que siguen a Jesucristo van cargados con la cruz tras un crucificado (Lc 9,23). El dolor purifica y la purificación produce la paciencia (Sant 1,3; Rom 5,3). Ante el sufrimiento sólo hay una salida: Tener paciencia, soportarlo e incluso gozar con él. Tras el dolor viene el gozo, hay que tener paciencia hasta la venida del Señor (Rom 5,3) y "esperar con paciencia" (Rom 8,15), con una "esperanza viva" (1 Pe 1,3), fruto del Espíritu, pues la fuerza del Espíritu colma de esperanza (Rom 15,13).

5. AMABILIDAD

El cristiano toma muy en cuenta "todo lo que hay de verdadero, de noble, de amable, evita los enfrentamientos y lima las asperezas. Más que nadie, los dirigentes tienen la obligación de ser amables" (1 Tim 3,3). Y todos "debemos evitar los altercados" (2 Tim 2,24), "no hablar mal de nadie, ser pacíficos, comprensivos y sumamente amables con todo el mundo" (Tit 3,2). La sabiduría, don del Espíritu, "llena la vida de dulzura y de amabilidad". (Sant 3,17).

6. BONDAD

El cristiano, por su razón de ser, es bondadoso. Hace siempre el bien y está dispuesto a darlo todo. A los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos (Mt 5,44). Sabe que el mal sólo se acaba con el bien (Rom 12,21) y no devolviendo nunca mal por mal (12,17). Es imitador de Jesucristo "que pasó haciendo el bien" (He 10,38). En el prójimo, en cualquier persona, ve siempre a Jesucristo, tal como él dijo: "Lo que hagáis a mis hermanos, me lo hacéis a mí" (Mt 15,40). Y por eso, a todos hace bien.

7. FIDELIDAD

El hombre del Espíritu practica la fidelidad, la lealtad, la sinceridad. Es sincero y veraz. Lo que dice, eso exactamente es. Aborrece la mentira que es cosa del diablo (Jn 8,44). No engaña nunca y jamás traiciona. Siempre cumple. Es fiel al Señor (He 11,23), y lo es hasta la muerte, pues así recibirá la corona de la vida (Ap 2,10). Es leal al amigo, en cualquier situación, por dura que esta sea, a imitación de Dios que guarda su fidelidad por todas las edades (Sal 119,90). Se alimenta con panes de sinceridad y de verdad (1 Cor 5,8), procede con la sinceridad que viene de Dios (2 Cor 1,12). Pablo recomienda a los de Corinto, que no se aparten nunca "de la fidelidad a Jesucristo" (2 Cor 11,3).

8. MANSEDUMBRE

La convivencia no es nada fácil, incluso con los más allegados. A veces resulta insoportable, sobre todo cuando atropellan nuestros derechos, nos tratan de manera injusta, nos llenan de vejaciones, nos desprecian y nos irritan. El hombre del Espíritu responde siempre con mansedumbre y no se deja llevar del la ira. Jesucristo dijo esto: "Bienaventurados los mansos, los que proceden con dulzura" (Mt 5,5), y también: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). San Pablo nos dice que nos soportemos unos a otros con humildad, con mansedumbre y con amor (Ef 4,2; Col 3,12; 2 Tim 3,25; Tit 3,2).

9. CONTINENCIA

Saber contenerse ante el halago y la lujuria, tener dominio de uno mismo. Eso es la continencia que manifiesta la presencia del Espíritu. Dominar las pasiones, los impulsos carnales, los deseos desordenados (1 Pe 2,11); mantener firme la voluntad, sin dejarse arrastrar por el placer pecaminoso, obrar con templanza (He 24, 25) , es señal de contar con la fuerza del Espíritu.

3.- CARISMAS

A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Cor 12,7). Eso es el carisma. Una gracia especial del Espíritu, a veces "de carácter extraordinario que tiene por fin el bien común de la Iglesia" (CIC 2003). La única razón del carisma es el bien de la comunidad, el servicio a los demás.

Ministerio significa también servicio, diaconía. Eso es la Iglesia, ministerio, servicio puro. Ministerio y carisma suelen ir unidos, como dos elementos que se complementan y que nunca se contradicen. Hay diversidad de carismas, de funciones y de actividades, pero un solo y mismo Espíritu que lo hace todo en todos. Los ministerios pertenecen a la

esencialidad de la Iglesia, se realizan de manera estable, permanente y responsable por un miembro de la misma destinado oficialmente a ese "menester".

Los carismas suelen tener carácter de eventualidad y provisionalidad. Unos y otros están realizados por todos los miembros de la Iglesia y no son patrimonio de una casta.

"Cada persona tiene el derecho y la obligación de ejercitarlos en la Iglesia y en el mundo, para el bien de los hombres y la edificación de la Iglesia, en la libertad del Espíritu Santo que sopla donde quiere (Jn 3,8) y al mismo tiempo en comunión con los hermanos en Cristo, sobre todo con sus pastores" (AA 3).

Todos, ministros y carismáticos, están para servir: "Que cada cual ponga al servicio de los demás los dones que haya recibido, como buenos administradores de los distintos carismas de Dios" (1 Pe 4,10). He aquí la lista de carismas, que abundaban en la Iglesia primitiva y que recoge San Pablo en sus cartas:

1 Cor 12,8-10: "Sabiduría, ciencia, fe, curaciones, milagros profecía, discernimiento de espíritus, diversidad de lenguas, interpretación de las mismas".

Rom 12,6-8: "Profecía, servicio, enseñanza, exhortación, repartir, presidir, ejercer misericordia (Cf. 1 Cor 12,27-30; Ef 4,4-7.11-13).

En las primeras comunidades cristianas el poder del Espíritu se manifestaba hasta de una manera desbordante, a través de estos carismas (Cf He 2,4-8; 6,18; 10,45). Nunca han faltado en 1a Iglesia los carismas. Uno de los frutos del conc. Vat. II son los movimientos carismáticos que han surgido por doquier y que suponen un gran enriquecimiento de la Iglesia, pues uno de sus pilares fundamentales es el carisma. Una Iglesia, una comunidad cristiana que no diera espacio a los carismas, a las diversas manifestaciones del Espíritu, no sería una comunidad guiada por el Espíritu y tampoco sería la Iglesia de Jesucristo. Ahora bien, estos

movimientos carismáticos deben ser sometidos a la prueba del discernimiento. ¿Cómo saber si esas manifestaciones son o no del Espíritu Santo. San Pablo da estas normas fundamentales:

1ª) Para ser del Espíritu hay que "confesar que Jesucristo es el Señor" (1 Cor 12,3). Confesarlo con la boca y vivirlo con el corazón y con los obras.

2ª) Servir a los demás (1 Cor 12,7). Si el carisma no conduce al servicio no es del Espíritu Santo. La ley constituyente, el corazón del evangelio, es el servicio (Jn 13,12-16).

3ª) Amar a los demás. Si no hay amor, no hay Espíritu Santo (1 Cor 13,1-4). Todos los carisma tienen que medirse con la caridad, pero con una caridad práctica. Todo movimiento carismático, que no esté comprometido con los problemas sociales de injusticia y de pobreza, no es del Espíritu Santo, por muy espiritual que sea.

4ª) El movimiento carismático, que constituya una comunidad fuera y aparte de la comunidad parroquial y que no esté plenamente integrado en ella, no es auténtico, pues en la Iglesia no puede haber capillitas desintegradoras, como las que había en Corinto (1 Cor 1, 12-13). El Espíritu es incompatible con la separación y el distanciamiento. La Iglesia de Jesucristo está constituida por un rebaño único bajo la guía de un solo pastor.

5ª) Los carismas producen humildad. "E1 que está lleno del Espíritu Santo habla diversas lenguas. Estas diversas lenguas son por ejemplo, la humildad, la pobreza, la paciencia y la obediencia" (S. Antonio de Padua). "El siervo de Dios puede conocer que posee el Espíritu de Dios si, cuando el Señor obra por él algún bien, no se ensoberbece, antes se tiene por el más despreciable a sus ojos y se juzga el menor de todos los hombres" (S. Francisco de Asís). "Cuando en las palabras y conceptos juntamente el alma va amando y sintiendo amor con humildad y reverencia a Dios, es señal de que anda por allí el Espíritu, el cual, siempre que hace algunas mercedes las hace envueltas en esto " (San Juan de la Cruz, 2 S 29,11).

6ª) La liturgia llama al Espíritu Santo "Pater pauperum", el Padre de los pobres. El carismático, impulsado de verdad por el Espíritu, es amigo de los pobres, ejerce con ellos la solidaridad activa y está comprometido en remediar su pobreza. Al propio tiempo, emprende el camino que recorrió Jesucristo, el camino de la pobreza y del servicio (cf. AG 5), el cual siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8,9) y fundó una Iglesia pobre, de los pobres y para los pobres.

Donde fallen estas cosas, allí no está el Espíritu.

7. INVOCACIONES AL ESPÍRITU SANTO

He aquí unas bellísimas piezas literarias, de un fervor religioso insuperable y de una alta calidad poética, dirigidas al Espíritu Santo

1. HIMNO	
Veni, Creator Spiritus, Mentes tuorum visita, Imple superna gratia, Quae tu creasti pectora.	Ven, creador Espíritu, y visita nuestras almas; los pechos que tú creaste, llena de celeste gracia.
Qui diceris Paraclitus, Altissimi donum Dei, Fons vivus, ignis, caritas, Et spiritalis unctio.	Consolador te llamamos, regalo del Dios altísimo, fuente viva, fuego, amor, y por ti somos ungidos.
Tu septiformis munere, Digitus paternae dexteræ, Tu rite promissum Patris, Sermone ditans guttura.	Tú septiforme en tus dones, de la diestra de Dios dedo, tú la promesa del Padre, palabra nos da tu aliento.
Accende lumen sensibus: Infunde amorem cordibus: Infirma nostri corporis Virtute firmans perpeti.	Luz enciende en los sentidos, amor en los corazones; lo flaco de nuestro cuerpo afiáncenlo tus dones.
Hostem repellas longius, pacemque dones protinus: Ductore sic te prae vivo Vitemus omne noxium.	Lejos huya el enemigo, de la paz por ti gocemos; llevándote a ti por guía todo daño evitaremos.
Per te sciamus da Patrem, Noscamus atque Filium, Teque utriusque Spiritum Credamus omni tempore	Por ti sepamos al Padre, por ti al Hijo conozcamos, y en ti, de los dos Espíritu, en todo tiempo creamos.
	(Anónimo, s. IX)

2. SECUENCIA

Veni, Ceeator Spiritus,
Et emitte caelitus
Lucis tuae radium.
Veni, pater pauperum;
Veni, dator munem;
veni, lunen cordium.

Consolator optime,
Dulcis hospes animae,
Dulce refrigerium.
In labore requies,
In aestu temperies,
In fletu solatium.

O lux beatissima,
Reple cordis intima
Tuorum fidelium.
Sine tuo numine
Nihil est in homine
Nihil est innoxium.

Lava quod est sordidum,
Riga quod est aridum,
Sana quod est saucium.
Flecte quod est rigidum,
Fove quod est frigidum,
Rege quod est devium.

Da tui fidelibus,
In te confidentibus
Sacrum septenarium.
Da virtutis meritum,
Da salutis exitum,
Da perenne gaudium.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos,
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos.
Pon tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

(Esteban Langton, s. XII)

3. ANTÍFONA

Veni, Sancte Spiritus
reple tuorum corda fidelium
et tui amoris in eis ignem accende
qui, per diversitatem
linguarum cunctorum
gentes in unitatem fidei congregasti

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos la llama de tu amor;
tú que congregaste a los pueblos
de todas las lenguas
en la confesión de una sola fe.

(Anónimo, s. XII)

4. ORACIÓN

"Ven, pues; ven, oh consolador buenísimo del alma que sufre... Ven, tú que purificas las manchas, tú que curas las heridas. Ven, fuerza de los débiles, vencedor de los orgullosos. Ven, oh tierno padre de los huérfanos... Ven, esperanza de los pobres; ven, estrella de los navegantes, puerto de los que naufragan; ven, oh gloriosa insignia de los que viven. Ven, tú, el más santo de los Espíritus. Ven y ten compasión de mí. Hazme conforme a Ti" (Juan de Fécamp s. XI)

5. SÚPLICA

Ven, luz verdadera. Ven, vida eterna. Ven, misterio oculto. Ven, tesoro sin nombre. Ven, realidad inefable. Ven, persona inconcebible. Ven, felicidad sin fin. Ven, luz sin ocaso. Ven, espera infalible de todos los que deben ser salvados. Ven, despertar de los que están acostados. Ven, resurrección de los muertos. Ven, oh poderoso, que haces siempre todo y rehaces y transformas por tu solo poder. Ven, oh invisible y totalmente intangible e impalpable. Ven, tú que siempre permaneces inmóvil y a cada instante te mueves todo entero y vienes a nosotros, tumbados en los infiernos, oh tú, por encima de todos los cielos. Ven, oh Nombre bien amado y

respetado por doquier, del cual expresar el ser o conocer la naturaleza permanece prohibido. Ven, gozo eterno. Ven, corona imperecedera. Ven, púrpura del gran rey nuestro Dios. Ven, cintura cristalina y centelleante de joyas. Ven, sandalia inaccesible. Ven, púrpura real. Ven, derecha verdaderamente soberana. Ven, tú que has deseado y deseas mi alma miserable. Ven, tú, el solo, al solo, ya que tú quieres que esté solo. Ven, tú que me has separado de todo y me has hecho solitario en este mundo. Ven, tú convertido en ti mismo en mi deseo, que has hecho que te deseara, tú, el absolutamente inaccesible. Ven, mi soplo y mi vida. Ven, consuelo de mi pobre alma. Ven, mi gozo, mi gloria, mis delicias sin fin. (Simeón el Nuevo Teólogo).

6. CANCIÓN DEL ALMA

¡Oh Llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!,
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llama!
¡Oh mano blanda! ¡oh toque delicado!,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga;
matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido.

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mí seno
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras;
(San Juan de la Cruz, a. 1584-86)

7. LETANÍA

- Espíritu de Dios, que aleteas sobre la superficie de las aguas, para planear la alborada de los mundos (Gen 1, 2).
- Espíritu de Dios, que infundes a los hombres la vida, para que, creados a imagen de Dios, reinen sobre las cosas (Gen 2, 7).
- Espíritu de Dios, que divides las aguas de los mares, para que el pueblo viva libre en una patria siempre soñada (Ex 14, 21).
- Espíritu de Dios, que arrancas los corazones de piedra, para que los hombres aprendan a sentir, a florecer y a caminar (Ez 36, 76).
- Espíritu de Dios, que soplas sobre los huesos mondos de los pueblos, para suscitar las dormidas esperanzas (Ez 37, 6).
- Espíritu de Dios, que te acercas a María de Nazaret e intervienes en la historia, para hacer posible la salvación y la presencia de Jesús (Lc 1, 35).
- Espíritu de Dios, que hablas por boca de Simeón para que anuncie el fin del temor y la esclavitud y la amanecida de la esperanza (Lc 1, 67-79).
- Espíritu de Dios, que sustituyes el bautismo de agua por un bautismo de fuego, para separar el trigo de la paja (Lc 3, 16-17).
- Espíritu de Dios que llenas y mueves a Jesús, para que escuche la Palabra de Dios y anuncie la liberación a los hombres (Lc 4, 21).
- Espíritu de Dios, que soplas donde quieres, dando nueva vida a los hombres que aceptan nacer de nuevo (Jn 3, 5-8).

- Espíritu de Dios, que eres enviado por Jesús para conducir a los suyos hasta la verdad completa (Jn 16, 13).
- Espíritu de Dios, que bajas sobre los discípulos y los empujas para que sean testigos de Jesús por toda la tierra (Hech 1, 8).
- Espíritu de Dios, que, percibido en medio de la comunidad, actúas para realizar la unificación de los hombres en el amor (He 2, 1 I).
- Espíritu de Dios, que te apoderas de los creyentes para que anuncien con coraje el mensaje de Jesús (He 4, 31).
- Espíritu de Dios, que asistes a la Iglesia, para que viva suplicante, aguardando la venida del Señor (Ap 22, 27).

... VEN Y LLENA LOS CORAZONES DE TUS FIELES.

(José Román Flecha Andrés, a. 1996)

BIBLIOGRAFÍA

L. M. Martínez: El Espíritu Santo, Ediciones Studium, Madrid 1955

I. de la Potterie-S. Lyonnet: La vida según el Espíritu, Ed. Sígueme, Salamanca 1967

C.Heitmann-H. Mühlen: Experiencia y Teología del Espíritu Santo, Salamanca 1978

S. Castro: Experiencia religiosa del Espíritu en la Biblia, Rev.de Espiritualidad, 42 (1983), 7-33

J.D.Gaitán: El Espíritu, Señor y dador de vida, Rev. de Espiritualidad 42 (1983), 53-71

A.Guerra: Creo en el Espíritu Santo, Rev. de Espiritualidad, 42(1983), 35-52

J.G.Rojo: Orar en el Espíritu, Rev. de Espiritualidad, 42 (1983), 73-86

J.M.J. Congar: El Espíritu Santo, ed.Herder, Barcelona, 1983

E.Schweizer: El Espíritu Santo, ed. Sígueme, Salamanca, 1984

R.Penna: Espíritu Santo, Nuevo Diccionario Teología Bíblica. Ed. Paulinas, Madrid 1990

Varios : El Espíritu Santo, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca, 1996

1. CREO EN EL ESPÍRITU SANTO	7
1. LA BIBLIA Y EL ESPÍRITU SANTO	7
2. LA PROMESA DEL ESPÍRITU	8
1. A NIVEL INDIVIDUAL	8
2. A NIVEL COLECTIVO	9
3. SIMBOLISMOS DEL ESPÍRITU SANTO	10
1. LA PALOMA	10
2. EL AIRE	11
3. EL FUEGO	11
4. EL AGUA	11
5. LA NUBE	12
6. LA MANO	13
7. LA UNCIÓN	13
8. EL SELLO	13
4. LA FE EN EL ESPÍRITU	15
2. SEÑOR Y DADOR DE VIDA	17
1. EL ESPÍRITU SANTO Y LA CREACIÓN	17
1. TODO FUE HECHO POR EL ESPÍRITU SANTO	17
2. EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIDA	17
2. EL ESPÍRITU Y LA ESPIRITUALIDAD	18
1. EL BAUTISMO	18
2. EL HOMBRE NUEVO	19
3. EL ESPÍRITU Y LA CARNE	20
4. TEMPLOS DEL ESPÍRITU SANTO	21
5. EL TALLER DEL ESPÍRITU SANTO	22
6. EL CAMINO DEL ESPÍRITU SANTO	22

3. EL ESPÍRITU SANTO Y JESUCRISTO	22
1. LA CONCEPCIÓN DE JESÚS	23
2. EL BAUTISMO DE JESÚS	23
3. JESÚS ACTÚA BAJO LA ACCIÓN Y CON EL PODER DEL ESPÍRITU	24
4. JESÚS REVELADOR DEL ESPÍRITU	25
<i>1º LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS</i>	25
1. ASISTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO	25
2. EXPULSIÓN DE LOS DEMONIOS	26
3. EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO	26
4. EL DON DEL PADRE	27
<i>2º EL EVANGELIO DE JUAN</i>	27
1. EL PARÁCLITO	27
2. EL DEFENSOR	28
3. EL ESPÍRITU DE LA LIBERTAD	29
4. EL MAESTRO	31
5. EL TESTIGO	33
6. EL ACUSADOR	34
7. EL PROFETA	36
8. EL ESPÍRITU DEL GLORIFICADO	37
9. FUNCIONES DEL PARÁCLITO	39
<hr/>	
3. QUE PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO	41
1. LA BIBLIA	41
1. EL BAUTISMO DE JESUCRISTO	41
2. EL BAUTISMO CRISTIANO	41
3. LA TRANSFIGURACIÓN	42
4. LAS TRES PARÁBOLAS	42
5. OTRAS EXPRESIONES TRINITARIAS	42
6. RELACIONES DEL E. S. CON EL PADRE Y EL HIJO	43
<hr/>	
2. LOS SANTOS PADRES	44
<hr/>	
3. LOS CONCILIOS	45
<hr/>	
4. QUE HABLÓ POR LOS PROFETAS	49
<hr/>	
1. LOS HOMBRES DEL ESPÍRITU	49
<hr/>	
2. LOS PROFETAS	50
<hr/>	

3. EL ESPÍRITU SANTO Y LA BIBLIA	51
1. EL AUTOR INSPIRADO	51
2. EL LECTOR INSPIRADO	53
4. LA IGLESIA PROFÉTICA	54
1. JESUCRISTO, EL PROFETA	54
2. LOS PROFETAS DEL N.T.	55
3. LOS PROFETAS DE HOY	56
5. CREO EN LA IGLESIA QUE ES UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA	59
1. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA	59
2. LA IGLESIA ES UNA	60
3. LA IGLESIA ES SANTA	63
4. LA IGLESIA ES CATÓLICA	66
5. LA IGLESIA ES APÓSLICA	68
6. EL EVANGELIO DEL ESPÍRITU SANTO	69
1. A LA ESPERA DEL ESPÍRITU SANTO	69
2. LA IGLESIA DE JERUSALÉN	70
3. LA IGLESIA EN PALESTINA	71
4. LA IGLESIA EN ANTIOQUÍA	71
5. EL CONCILIO DE JERUSALÉN	72
6. LA IGLESIA EN EL MUNDO GRIEGO	72
6. DONES, FRUTOS Y CARISMAS DEL E. S.	75
1. DONES	75
1. SABIDURÍA	75
2. ENTENDIMIENTO	76
3. CIENCIA	77
4. CONSEJO	77
5. FORTALEZA	77
6. PIEDAD	78
7. TEMOR DE DIOS	78

2. FRUTOS	79
1. AMOR	79
2. ALEGRÍA	79
3. PAZ	80
4. PACIENCIA	80
5. AMABILIDAD	81
6. BONDAD	81
7. FIDELIDAD	81
8. MANSEDUMBRE	82
9. CONTINENCIA	82
3. CARISMAS	82

7. INVOCACIONES AL ESPÍRITU SANTO	87
--	----

1. HIMNO	87
2. SECUENCIA	88
3. ANTÍFONA	89
4. ORACIÓN	89

5. SÚPLICA	89
6. CANCIONES DEL ALMA	90

7. LETANÍA	91
BIBLIOGRAFÍA	93
